MIGUEL REY

El primo Segundo

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1917

A Rafaelazo Ramirez,
y le digo "Rafaelazo"
porque, mires lo que mirez
y tires por donde tirez,
siempre será un actorazo.

Miguel Rey

EL PRIMO SEGUNDO

EL PRIMO SEGUNDO

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

MIGUEL REY

Estrenada en el TEATRO LARA de Madrid el 16 de Marzo de 1917

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JOSEFINA	Margarita Díaz.
DOÑA TERESA	Amalia S. Ariño.
CONCHITA	Hortensia Gelabert.
ASUNCIÓN	Carmen Ponce de León.
DOÑA BÁRBARA	Virginia Alverá.
LOLITA	Carmen Herrero.
SABINA	Eugenia Illescas.
DON PERFECTO	Rafael Ramírez.
LUCIANO	Luis Manrique.
DON ANGEL	Salvador Mora.
AUGUSTO	José Isbert.
BERMUDEZ	Joaquín Pacheco.
ORTIZ	Emilio Ariño.
SEGUNDO	Miguel Gómez.

La acción en Madrid, contemporánea.

Las indicaciones se refieren al lado del actor.



ACTO PRIMERO

Gabinete pretencioso. Dos puertas a cada lado y una al foro. Velador con periódicos. Sillería bien distribuida. Es de día.

ESCENA PRIMERA

JOSEFINA, DOÑA TERESA y DOÑA BARBARA

Las dos primeras, hija y madre respectivamente, son inquilinas del cuarto y atienden a doña Bárbara que está de visita. Representa Josefina poco más de veinte años, y es buena, de carácter dulce y trato afable. Su madre y doña Bárbara, allá se andan en edad y en picardía. Estos personajes y casi todos los de la obra, pertenecen a esa clase media que pretende más de lo que puede. Están, las tres, sentadas. Doña Teresa, a la izquierda: doña Bárbara en el centro y Josefina a la derecha.

BÁR. Pues cuando anoche me lo dijo mi Lolita, me alegré infinito.

TER. Muchas gracias. ¡Usted siempre tan buena!

BÁR. ¿Y es joven el sobrinito?

TER. Sí... Un muchacho. Es hijo de un hermano de mi marido que se fué a Cuba hace veinticinco años y del cual no habíamos vuelto a tener noticias... ¡Figúrese usted qué sorpresa la carta de ayer!

BÁR. Muy agradable, sí, porque siendo como es rico, joven y soltero, ese sobrinito resulta un gran partido. ¡Anímate, Josefina, y tírale el anzuelo!

JOS. (Ruborosa.) ¿Yo?...

TER. ¿Esta?... Ya puede pasar por su lado una estudiantina, que no se inmutará! Y bastante lo siento, porque... ¡ay, cómo están los tiempos, amiga mía!

BÁR. ¡Fatales!

TER. Si no colocamos a nuestras hijas ¿qué porvenir nos aguarda? Los hombres están más escasos cada día y hallar hoy un marido que convenga es más difícil que encontrarse una cartera con dinero.

BÁR. ¡Es verdad!... Pero no se queje. De las tres, una al menos...

TER. Sí. Ya Conchita está pedida, gracias a Dios... Pero ¿qué hago con ésta y con Asunción?... ¿Dónde las meto?

JOS. (Jovial.) En Telégrafos, que es carrera corta y muy a propósito para señoritas modestas.

TER. Las verdaderas señoritas no han nacido para vender sellos, sino para labrar la felicidad de los hombres.

BÁR. Y para que los hombres las sostengan.

TER. ¡Y las mantengan!... Sí, señora.

BÁR. Pero, a Josefinita, tengo entendido que la han cortejado ya varios.

JOS. ¡Pch! (Se encoge de hombres.)

TER. ¡No quiere a nadie! Tuvimos un capitán que bebía los vientos por ella y que el verano pasado en Recoletos no nos dejó pagar ni un azucarillo. (Con tristeza cómica.) ¡Pero el muy tuno nos resultó casado!

BÁR. ¡Qué lástima!

JOS. ¡Para que se fíe una!

BÁR. ¿Y don Angel? ¿No se decide?

JOS. (Como asustada.) ¡Ay, calle usted!...

TER. ¡Si tampoco le gusta!

BÁR. Pues es un viudo muy recomendable. Todos los días viene a esta casa, ¿verdad?

TER. ¡Todos!... Se ha hecho amigo íntimo de Perfecto y nos estima mucho. ¡Y a ésta, es que la adora!

JOS. ¡Qué ha de adorar, mamá!... Es un señor insoportable y ridículo del que creéis todas las cuchufletas que dice!

TER. ¡Cuchufletas llama a las genialidades de don Angel!...

BÁR. ¿Y es rico?
TER. ¡Uf!... ¡Cuatro mil «Amadeos» de renta!
BÁR. ¡Pues preséntéselo usted a mi Lolita!
TER. ¡Cuando usted quiera!
BÁR. ¡Muchas gracias!... La pobre es bastante desgraciada en amores, porque con ese pequeño defecto del ojo izquierdo...
TER. ¡Bah! Apenas se le conoce.
BÁR. Y dígame, ¿cómo resolvió usted el problema de la criada?
TER. Tomando una que es manchega y que ha comenzado ya a despilfarrar lo indecible. ¿Querrá usted creer que en freir esta mañana los picatostes para el desayuno, consumió muy cerca de medio litro de aceite?
BÁR. ¡Qué barbaridad!... ¡Y con lo caro que está el aceite ahora!
JOS. Y gracias a mí, ni se ha derrochado el cok, ni se han dejado de mondar hoy las patatas científicamente.
TER. ¡De eso sí que entiende mi Josefina!...
JOS. Todo es preciso, mamá.
BÁR. (Se levanta. Las otras también.) En fin... Me voy...
JOS. ¿A casa?
BÁR. Sí. Vengo de unos recadillos y como dejé arriba sola a mi niña...
TER. (Que se ha aproximado a la primera izquierda.) ¡Asunción, Concha!... ¡Que se va la visita!...
BAR. ¡Déjelas!... ¡Que no se molesten por mí!
JOS. ¿Molestia? ¡Al contrario! ..
TER. Mucho gusto.

ESCENA II

DICHAS. CONCHITA y ASUNCIÓN, de diez y ocho y quince años, respectivamente. Son las otras dos hijas de doña Teresa.

CON. ¿Se marcha ya?
ASUN. ¡Qué pronto!
BÁR. Los quehaceres, hijitas. Como se me fué también la muchacha el domingo con uno de tropa, me veo y me deseo para lo que hemos dado en llamar el régimen de una casa. ¡Lo que más me molesta es la compra!
TER. Y a mí.

JOS. Pues a mí no. Yo me distraigo regateando los precios.

CON. (Burlándose de Josefina.) ¡Es que tú has nacido para cocinera!

JOS. (Sin enfadarse.) ¡Quién sabe!

CON. (A doña Bárbara.) Y usted y Lolita, ¿vendrán luego a conocer al primo?

BÁR. ¡No sé si debo!...

TER. Sí, señora.. Vengan y las presentaré.

BÁR. (Con cierto reparo.) Como se trata de un joven soltero y hay aquí tres señoritas en estado de merecer...

JOS. No, tres, no. Esta va a casarse y está ya colocada. (Por Conchita.)

CON. (Algo contrariada.) ¿Y eso qué tiene que ver? Todavía no me he visto yo al pie del altar, y no sé por qué se me elimina de la combinación.

JOS. ¡Pues inclúyete, hija, inclúyete!

BÁR. Por todo eso, me parece impertinente presentar así porque sí a mi niña que es también joven y soltera. ¡Rivalidades, no! (Ríen las otras disimuladamente.) Pero, en fin... ¡si ustedes se empeñan!... ¿Y cuándo llega el viajero?

TER. Antes de una hora estará aquí.

BÁR. (Animándose.) ¿Sí?... ¡Dios mío!... Y yo de conversación! (Vivamente.) Voy corriendo a peinar a Lolita. ¡Adiós, todas!... ¡Hasta luego, hasta luego! (Se va por el foro hacia la izquierda.)

TER. ¡Adiós!...

JOS. ¡Hasta después! (Asunción y Conchita también se van acompañando a doña Bárbara.) ¡Y qué pesada es!... Creí que no se iba.

TER ¡Va más verde que el apio!

JOS. ¿Por qué?

TER. Porque la envidia es muy mala, pero muy mala!

ASUN. (Dentro.) ¡Adiós!...

CON. (Idem.) ¡Hasta luego, doña Bárbara!

TER. Para las que tenemos hijas casaderas, la aparición de un hombre soltero y rico, es algo así como la llegada a un incendio del cuerpo de bomberos. (Josefina ríe.) ¡Ah, si tú comprendieras esto! (Vuelven a aparecer Conchita y Asunción.)

CON. ¿Qué os parece?... También quiere que su Lolita figure en esta danza!...

ASUN. ¡Déjala!... ¡Pobre mujer!...

TER. Con la cara que tiene su Lolita, bien podéis estar tranquilas. ¡Dios, qué fenómeno!... Desde que le ví el ojo izquierdo no he vuelto a comprar yemas de coco.

JOS. (Compasivamente.) ¡Bastante desgracia tiene esa infeliz! Os burláis de ella porque es fea, pero (A sus hermanas.) ¿tenéis vosotras, que sois bien lindas, asegurada la belleza contra cualquier accidente?

CON. Del trabajo, sí, porque bordando o cosiendo...

ASUN. Más en peligro estás tú en la cocina, donde hay que resguardarse de los chispazos de la lumbre y de las salpicaduras del agua hirviendo.

JOS. Y si yo me resguardara, ¿que comeríais vosotras?...

TER. (Interviniendo.) ¡Bueno, basta! (A Conchita y Asunción.) Idos y arreglaos, que el reloj corre. Y tú, Josefina, prepárate también para recibir a tu primo.

JOS. Yo estoy bien así.

CON. ¿Vamos, Asunción?

ASUN. Sí, vé, te sigo, Conchita.

CON. (Al hacer mutis por la primera izquierda.) ¡Lo que es al primo le flecho yo! (Se va.)

JOS. (Como preocupada.) ¡Cómo andará la paella!... No me fío de la criada nueva y voy a ver si... (Se va por el foro hacia la derecha.)

TER. (A Asunción, por observar que está inquieta mirando a uno y otro lado.) ¡Qué!... ¿qué tienes tú? ¿No te vistes?

ASUN. Ahora iré. Es que... Tengo que decirte .. Felipín me ha escrito.

TER. (Con sorpresa grata.) ¿Felipín? ¿El estudiante?

ASUN. Sí.

TER. ¿Pidiéndote relaciones?

ASUN. Eso. ¿Qué le digo?

TER. (Vivamente.) ¡Qué sí, hija mía!... ¡Vaya una pregunta!

ASUN. ¡Como está ahora en el segundo año!...

TER. Pero el año que viene estará en el tercero y el otro en el cuarto, y así hasta que caiga.

ASUN. Hasta que se licencie, dirás.

TER. ¡No!... ¡Hasta que caiga en mis uñas! Tú escríbele aceptando sus relaciones

ASUN. ¿Le digo que hable con papá?

TER. Con papá, no. Con mamá.

ASUN. ¿Y si ese primito que nos llueve del cielo se fijara en mí por una casualidad?

TER. Pues mandaríamos a Felipín al cuerno, y todo arreglado.

ASUN. (Vacilando.) Sí, pero...

TER. Nada, no vaciles. ¿No estoy aquí yo?... ¿Tú sabes siquiera de lo que es capaz una madre para casar a su hija?

ASUN. (Sigue dudando.) Es que Felipín..

TER. ¡Haz lo que te digo, mujer, que yo en estas cosas soy una catedrática! (Vivamente.) ¡Y vé, por Dios, a arreglarte, que es tarde!

ASUN. Voy, voy... (Al irse, aparte.) ¡Lo pensaré! (Se va por la primera izquierda.)

TER. ¡Tiene unas preguntas esa inocente!... Y es que no cae en la cuenta de que en lo del casorio ocurre como en la milicia. Es decir, que conviene que haya uno en activo y otro en la reserva.

ESCENA III

DOÑA TERESA y DON PERFECTO, su esposo, que sale por la segunda derecha, en mangas de camisa, trayendo una americana, un sombrero y un cepillo. Representa unos cincuenta años y su tipo es de empleado oficial

PER. (Desde la puerta.) Mujer, ¿qué haces?... ¿No sabes que te estoy esperando para que me cepilles? (Comienza a colocarse la americana, ayudándole su esposa, que le cepilla luego cuidadosamente.)

TER. Perdona, hijo. ¿Quién no se aturde con lo que nos pasa? Ese sobrinito tuyo...

PER. Ese sobrinito nos ha partido por el eje.

TER. (Con extrañeza.) Hombre, ¿por qué?

PER. Porque sí. ¡Mira qué ocurrencia la de mi señor hermano, que ha estado veinticinco años sin escribirme, resollando ahora con la remesa de este hijito suyo que se nos cuela de rondón para fastidiarme a mí, pobre

empleado de Hacienda, con cuatro mil pesetas y con más deudas flotantes que Turquía!...

TER. Puede que sea para bien. Tu hermano dice en su carta: «En el mismo vapor que ésta, sale mi hijo, que quiere conocer España, y que es joven y soltero. Atiéndele cariñosamente, que él por su parte y yo por la mía, sabremos pagártelo»... Todo esto es muy significativo y debe alegrarte.

PER. Sí, ¿eh?... Pues todo eso quiere decir que me regalará una caja de habanos y seis libras de Henry Clay... ¡Si conoceré yo a mi hermanito! ¡Y ahí tienes tú!... Los ahorrillos nuestros que destinábamos a equipar a Conchita para su boda, se nos declaran en huelga; la casa, que no es grande, ha habido que comprimirla más para prepararle alojamiento al huésped, y desde ayer no vivimos ni descansamos, tú haciéndote ilusiones con Segundito y yo renegando del viaje, del barco y hasta de los plátanos de la Habana. En fin... ¿Tú has oído al *Mochuelo* en el gramófono?

TER. Sí. ¿Quién no?

PER. Bueno. Pues esto que a mí me pasa es cuarenta veces más inaguantable.

TER. ¡Qué pesimista eres y cuántas tonterías dices, Perfecto! (Ha sonado un timbre: el de entrada al piso. Doña Teresa se acerca a la puerta del foro y habla desde allí en voz alta.) ¡Sabina... que llaman! (Vuelve junto a su esposo, que ya está en plan de marcha y con el sombrero puesto.) Tu sobrino debe ser un muchacho inteligente que se hará cargo de todo.

PER. ¿Y por qué supones que es inteligente?

TER. Por el hecho de dejarle su padre venir solo.

PER. Viene con un criado de confianza.

TER. Más en mi abono. Se trata, indudablemente, de un joven de talento, juicioso y bueno. (Suspirando.) ¡Qué gran partido para Josefina, para Conchita ó para Asunción! (Vuelve a sonar el timbre.) Pero esa chica .. (Va otra vez a la puerta del foro.) Sabina, ¿no oye usted? (Vuelve al centro.) ¿A que nos va a resultar sorda la manchega esta?

ESCENA IV

DICHOS y SABINA, por el foro. Es la criada nueva, perfecto tipo de paleta ignorantona, ruda y asustadiza

SAB. (Desde la puerta.) ¿Llamaba la señora?

TER. No; yo, no. El timbre de la puerta. ¿No lo ha oído?

SAB. Sí; sí, señora. Ha hecho tiririririn dos veces... Dos... sí, señora.

TER. Pues ese tiririririn es que llama alguien. ¿No lo comprende usted?

SAB. Sí, señora. He comprendido que... que alguien llama... Eso es.

PER. (Al que le ha hecho gracia la criada.) ¡Deliciosa!

TER. ¿Y por qué no acude usted a abrir?

SAB. ¡Ah!... Pero... Dispense la señora... No sabía que eso de abrir era de mi obligación.

TER. (Como asombrada.) ¡Jesús! (Don Perfecto suelta una carcajada.) Pues, sí. Siempre que oiga el timbre, haga el favor de venir a abrir.

SAB. Lo que mande la señora. ¿Y qué le digo?

TER. (Cuyo asombro crece.) ¿A quién?

SAB. Al que llame.

TER. Pasarle aquí, si es de la casa, o anunciarle, si es desconocido... ¡Ave María! ¿Es esta la primera vez que sirve usted en Madrid?

SAB. Sí, señora. La primera.

PER. ¿Y qué ha hecho usted en su pueblo hasta ahora?

SAB. (Después de pensar un momento.) Queso manchego.

(Vuelve a sonar el timbre.)

TER. (Impaciente.) Vamos, ande a abrir la puerta.

SAB. (Con mucha calma.) Lo que disponga la señora. (Saluda muy ceremoniosa y se va por el foro, hacia la izquierda.)

TER. En mi vida he visto otra.

PER. (A su esposa, que está como la que ve visiones.) Oye, Teresa, ¿de qué pescadería te han remitido esta chica?

TER. ¿Por qué me lo preguntas?

PER ¡Porque eso es un besugo!

ANGEL (Dentro.) Sí, sí. Soy conocido de la casa.

TER. (Gozosa.) Ahí está don Angel.

PER. Me alegro. Con eso os acompañará mientras voy a la estación y vuelvo.

ESCENA V

DOÑA TERESA, DON PERFECTO y DON ANGEL. Este señor es un cincuentón de esos que no quieren jubilarse. Presume de elegante, ingenioso y conquistador. Trae muy malas intenciones a la casa; pero las disimula. Apenas entre en escena por el foro, se verá a SABINA que cruza de izquierda a derecha

ANGEL Ya iba creyendo que no estaban ustedes. (Saluda.) ¡Señora!... ¿Qué tal?

TER. Muy bien, ¿y usted?

ANGEL Tirando, tirando. (Estrechándole la mano a don Perfecto.) ¿Qué dice mi buen amigo? ¿Se va de paseo?

PER. A la estación a escape a recibir al pollo.

ANGEL ¡Es verdad!

PER. (Recordando algo importante.) ¡Anda! ¡Y ya me iba sin lo principal! Teresa, ¿te acordaste del clavelito encarnado?

TER. Sí, hombre, y si no me lo dices... (Se va por la segunda derecha.)

PER. Si no se lo digo recreso de vacío. Figúrese usted que me telegrafiaba ayer mi sobrino, diciéndome: «Salgo sub-expreso. Espéreme estación con clavel encarnado ojal solapa para reconocerle.» Y yo creo que con el detalle del clavelito y con cuatro voces que pienso dar en el andén, gritando: «¡Segundo!... ¡Sobrinito mío!», me reconocerá el chico. ¿No le parece a usted?

ANGEL ¡Seguramente!

TER. (Saliendo por dicha puerta con un clavel encarnado que prenderá en la solapa de su esposo.) Aquí está la contraseña.

ANGEL Pues deseando estoy conocer a Segundito. ¡Ya haremos buenas migas, ya! Me constituyo en su acompañante mientras permanezca en Madrid, y reclamo el honor de enseñarle los misterios de esta corte. (Festivamente.) ¡Je, je!... ¡Hay una última sección de varietés en cierto cine, y hay un café de ca-

mareritas en una calle que no cito, que le van a quitar a Segundín hasta el acento cubano! ¡Je, je!...

PER. ¡Picarillo!... ¡No me pervierta usted al sobrino!

TER. (Risueña.) ¡Qué don Angel! Tiene ocurrencias de muchacho de diecisiete años.

ANGEL (Muy formal.) No. Tengo más de diecisiete. Sí, más.

PER. Bueno. Aquí se queda usted. ¿Nos esperará, don Angel?

ANGEL Con muchísimo gusto.

PER. Pues queden con Dios. (Se va por el foro hacia la izquierda.)

ANGEL (Siguiéndole un momento.) Adiós, don Perfecto.

TER. ¡Vé con Dios!

PER. (Dentro.) Hasta luego.

TER. Va nervioso.

ANGEL Parece que está algo contrariado.

TER. No. La impresión. ¿No ve usted que no teníamos la menor idea de ese pariente? El hermano de Perfecto emigró a Cuba hace veinticinco años, y en la Habana ha hecho una gran fortuna. Pero estamos, ¡ay, don Angel! ¡Qué inquietud y qué desasosiego desde ayer mis hijas!

ANGEL (Vivamente.) ¿Dónde están? ¿Dónde están las niñas?

TER. Arreglándose un poco. Y yo también voy a hacer lo mismo, si usted me lo permite.

ANGEL (Inclinándose.) ¡Señora!

TER. Como usted es de confianza...

ANGEL Me honran ustedes con ella, y yo lo agradezco profundamente.

TER. Todo se lo merece usted. Hasta ahora. (Se va por la segunda derecha.)

ANGEL (Que ha seguido con la vista a doña Teresa.) ¡También!... También esta señora habrá tenido unos quince de esos de «¡alto a la guardia civil!...» Pero sus hijas, ¡oh!, son extraparlamentarias. Y aquí hay un harén. A Josefinita, que es la mayor y la más modesta, la amueblaremos un bonito cuarto en cualquier travesía de la calle de Hortaleza, y en paz. Conchita va a casarse con ese muchachote tozudo y sano, como buen aragonés, y del que

se tiene que aburrir forzosamente. Y la pequeñita Asunción, que es una azucena virginal, ¿cómo va a prever en su inocencia de paloma que este fiero gavilán la acecha y la persigue? ¡Hecho!... ¡Aquí hay un harén!

ESCENA VI

DON ANGEL y SABINA, que entra por el foro

SAB. (Desde la puerta.) ¿No está la señora?

ANGEL No, no está. Pasa. (Avanza Sabina tímidamente.) ¿Qué quieres?

SAB. Preguntarle de parte de la señorita mayor, si echamos en el arroz almejas o si las preparamos aparte en salsa colorá, porque estamos allí hechas un lío.

ANGEL (Jovialmente.) ¡Sí que es un conflicto!... Pues espérate un poco, que ahora saldrá la señora.

SAB. Como el señor disponga.

ANGEL (Aparte, después de examinarla con ojos hambrientos.) Y esta paletita también tiene lo suyo. (Alto.) ¿Tú estás aquí de doméstica?

SAB. No, señor. Estoy sirviendo.

ANGEL (Afectuoso y arrimándose.) ¡Es lo mismo, mujer! ¿Y eres soltera?

SAB. Sí, señor. De la Mancha.

ANGEL ¿No tienes novio?

SAB. Todavía, no. Llegué ayer del pueblo.

ANGEL ¡Ah, bien, bien! (Aparte.) ¡Qué ingenua y qué guapota es la mancheguita!

SAB. Y me dijeron allá, que aquí en la corte de Madrid, hasta que no sale una un domingo no la pretenden a una los de la milicia.

ANGEL ¡Justo! ¿Y qué te han dicho que les digas a los militares?

SAB. A todo que no, hasta que se les vea formalidad.

ANGEL ¿Y luego?

SAB. Pues luego... a todo que sí.

ANGEL (Riendo.) Sabias instrucciones. Y respecto a tu proceder en las casas donde prestes servicios, ¿qué te han aconsejado?

SAB. Que sea fina con los señores; que no entre

nunca donde no me llamen; que me lleve el llavín de la puerta cuando salga a un recado, y que si hay señoritos desigentes, que tenga con ellos mucha amabilidad.

ANGEL (Muy complacido.) ¡Admirable!... ¡Eres un encanto, chica! (Le va a hacer una caricia.)

SAB. (Rechazándole.) ¡Quite, señor!...

ANGEL (Aparentando sorpresa.) ¡Cómo!... Pero, ¿no te han dicho que seas complaciente con los señores? (Vuelve a intentar acariciarla.)

SAB. (Hosca.) ¡Vamos, ande!... ¡Si usted no es mi señorito! (Yéndose por el foro.) ¿Qué se creerán con una estos vejetes acartonaos? (Hace mutis.)

ANGEL (Disgustado.) ¡Hombre! Me iba agradando un poco esta palurda, pero con esa bestialidad que ha soltado lo ha perdido todo. ¡Nada, nada! La borro de la lista y que se fastidie!

ESCENA VII

DON ANGEL y CONCHITA, por la primera izquierda, muy bien vestidita y arreglada, pero con exageración en el atavío

CON. (Como sorprendida y muy amable) ¡Don Angel!... ¡Usted aquí y solito! (Le tiende la mano que él estrecha delicadamente.)

ANGEL Solito, sí. ¿Cómo está usted, Conchita?

CON. Muy bien, a su disposición.

ANGEL (Suspirando.) ¡Ay, si me lo hiciera usted esó bueno!

CON. ¡Picarón! ¿Y qué iba a ser entonces de mi hermana Josefina?

ANGEL ¡Si no me quiere!

CON. Insista usted. Ya le querrá.

ANGEL De todos modos, como eso del amor es una materia tan amplia y un campo tan extenso, yo creo que los exclusivismos son una vulgaridad.

CON. ¡Vaya unas teorías!

ANGEL Y la boda, ¿cuándo? ¿Se ha fijado ya la fecha?

CON. Para octubre, si Dios quiere. Como él es de Zaragoza, desea que el viaje de novios coincida con las fiestas del Pilar. (Como preocupándose.) ¡No sé, no sé!... ¡Esta boda!...

ANGEL ¡Qué!... ¿No va usted a ella a gusto?

CON. Sí, porque él es muy bueno. Pero... (Vacila.) ¿Qué nos tendrá reservado el porvenir, Dios mío?

ANGEL Dulzuras y mieles, Conchita. No vacile usted y cásese.

CON. Crea usted, don Angel... ¿Para qué engañarle?... Augusto, mi prometido, sólo cuenta con un sueldo... No es rico... ¿Qué ocurrirá, Virgen santísima, cuando con el aumento de familia sobrevenga el de nuestras necesidades?

ANGEL (Solemnemente, pero siempre en ridículo.) ¡Para ese momento aquí estoy yo! Casese usted, Conchita.

CON. No... No es esa la solución de mis incertidumbres, sino algo más práctico. Un marido, por ejemplo, con dinero, con rentas, con posición social envidiable. ¡Eso!

ANGEL Pues eso... También los hay, sí, pero viven en el otro mundo.

CON. (Con viveza.) Usted lo ha dicho. Allá viven, y alguno que otro suele cruzar los mares y venir a España. ¡Ah, mi buen amigo don Angel! ¡Usted me ha comprendido!

ANGEL (Aparte.) ¡Adiós mis ilusiones! ¡Esta quiere pescar al primito de la Habana!

CON. Yo soy un mujer de resoluciones, y mi plan está ya trazado. (Suenan tres golpes cortos del timbre de la puerta.) ¡Ahí está mi novio! Es su hora y no falta un solo día.

ANGEL ¡Sea usted buena con él, Conchita! (Se ve cruzar por el pasillo del foro a Sabina, que va a abrir la puerta.) ¿Qué va usted a hacer?

CON. Acomodarme al ambiente social en que vivimos. Hay dos clases de mujeres: unas, que nacen para servir, y otras, para que las sirvan. Y yo quiero ser de las segundas.

(Se oye dentro la voz de Augusto.)

AUG. (Como discutiendo.) ¡Sí, chica, ridiós!... ¿No te digo que sí?

CON. Prudencia, y déjenos usted hablar.

ANGEL (Aparte dirigiéndose a la derecha, donde ocupará una silla, y allí se hará el distraído repasando un periódico que cogerá de la mesa velador.) ¡Esto es un hecho! ¡Rompimiento seguro!

ESCENA VIII

DICHOS y AUGUSTO, por el foro

Es, como dijo don Angel, un muchacho tozudo y sano, francote y noble, que descubre entre baturradas su abolengo aragonés. Sabina cruzará el pasillo del foro cuando Augusto haya entrado en escena

AUG. Que si soy de la casa pregunta esa... ¡Ya se lo diré yo pa Octubre. (Cariñoso a Conchita que se ha situado a la izquierda.) ¿Verdá, tú? (Se acerca a don Angel para saludarle.) ¡Hola, don Angelico! (Le da un vigoroso apretón de manos.)

ANGEL ¡Hola; pollo! (Doliéndose.) ¡Uf, no apriete! (Se sopla la mano.)

AUG. (Riendo.) ¡Parecen de ojaldre ustedes los señoritos finos!

ANGEL ¡Y ustedes, los baturricos, parecen de hierro!

AUG. ¡Y lo somos! Hierro es la voluntad, fuerte el corazón y firmes y rectas las intenciones. (Se da un puñetazo en el pecho.) ¿Eh? ¿Hay aquí salud?

ANGEL Ya, ya. (Aparte.) ¡Qué bruto!

AUG. (Acercándose a Conchita.) ¿Y tú qué me dices?

CON. (Que comenzará por estar displicente.) Nada. (Se sientan todos.)

AUG. ¿Y tu madre?

CON. Allá dentro.

AUG. ¿Y tu padre?

CON. Ha ido a la estación a esperar al primo.

AUG. ¡Ah!... ¡El primo!... Quiera Dios que llegue bien y con salud completa.

CON. Amén.

AUG. Jesús.

CON. (Más marcado.) Amén.

AUG. (Idem.) Jesús.

CON. ¡Amén, sin Jesús!

AUG. ¡Amén, con Jesús! ¡Así se dice.

CON. ¡Vaya! Ya apareció la terquedad correspondiente al día de hoy. (Irónica.) ¿Te durará hasta la noche?

AUG. (Calmoso.) Según, según....

CON. ¡Pues que no vaya a ser como la de la colcha!

AUG. ¡Según, según!...

CON. La colcha se comprará color gris perla... ¡Ya lo sabes!

AUG. La colcha se comprará del color que yo he dicho. ¡Azul marino!

CON. Pues en una cama con colcha azul no me acuesto yo.

AUG. Bueno... ¡Acuéstate en el suelo!

CON. (Irritándose por grados.) ¿Lo ves, Augusto?... ¿Ves cómo eres un terco por sistema y sin motivo?

AUG. ¿Yo solico?

CON. ¡Sí, tú, sí!

ANGEL (Que con disimulo está observando. Aparte, como leyendo un título en el periódico.) Ruptura de hostilidades.

AUG. Mira, mira... Fíjate en esto que te digo. Si tú quieres colcha gris y yo la quiero azul, y si tú no cedes ni yo tampoco, ¡pues tan terca eres tú como yo, recontra! Pero azul tiene que ser, ¿eh?

CON. ¡Será gris perla! Y en esto, no es solamente tozudez tuya lo que yo veo, sino intenciones que no quiero calificar.

AUG. (Que sigue calmoso.) ¡Dios te conserve la vista!

CON. (Entre irritada y llorosa.) ¡Y como sigas así, me vas a hacer muy desgraciada!

AUG. ¿Qué dices, Concha?

CON. Que eso ni es cariño, ni es abnegación por una mujer, ni es nada.

AUG. ¡Ah!... Pero, ¿tiene que ser gris la colcha para que yo te quiera más? ¿Y si es azul, no?

CON. Elevación de miras... Eso es lo que debe tener un hombre.

ANGEL (El mismo juego de antes) Escaramuzas.

AUG. Como la torre del Pilar de alta es mi manera de pensar.

CON. Poco se conoce.

AUG. Es que tú te has sentao tan en bajico, que no lo ves.

CON. (Con ira.) ¡Augusto!

AUG. En resumen ¿Tiene que ser gris?

CON. (Enérgica.) ¡Sí!

AUG. (Más enérgico que ella.) ¡No!

CON. ¡Malo, más que malo!

AUG. ¡Ten cuenta con lo que dices, Concha!

CON. ¡Y tú ten cuenta con lo que hablas, Augusto!...

AUG. ¡Que a mí no me asustas tú, te digo!

CON. ¡Menos me asustas tú a mí, te digo yo!

AUG. (De hito en hito.) ¡Concha, Concha... que te quedas sin novio!

CON. (Imitándole.) ¡Augusto, Augusto... que te pongo al fresco!

AUG. (Levantándose. No demuestra acaloramiento.) ¡Y a la una, a las dos y a las tres!

CON. (Muy vivamente, levantándose también.) ¡Adiós!... ¡Que seas muy feliz! (Hace un mutis rápido por la primera izquierda.)

ANGEL (Como antes.) ¡Se acabó el carbón y se suspende el tráfico!

AUG. (Después de unos momentos y acercándose a la puerta por la que hizo mutis Concha.) ¡Otra que Dios!... ¡Azul marino!. . (Hace medio mutis hacia el foro. Luego vuelve a primer término y se dirige a don Angel, hablándole serena y tranquilamente.) Oiga, don Angelico, ¿usted es de confianza aquí, verdad?

ANGEL (Algo sorprendido. Se levanta.) ¡Hombre!... Yo creo que sí, y usted lo sabe lo mismo que yo.

AUG. Sí que lo sé, y por eso le voy a usted a contar la historia del gato.

ANGEL ¿Qué gato?

AUG. El del tío Quico.

ANGEL No tengo el gusto de conocer a ese señor.

AUG. Si no fué señor, sino un baturro que andaba siempre escalabazao de resultas de las palizas que le arreaba cuasi toos los días la mujer, y que una tarde se llegó montao en su burra al pueblo de al lao a ver a un su compadre, al que encontró tan ricamente y tan en bien en unión de su mañica respectiva, que era una cordera de buena y de mansa.

ANGEL Vamos, sí. Un matrimonio feliz.

AUG. Eso, porque quien sacudía leña en la casa era él.

ANGEL ¿Y qué ocurrió?

AUG. Pues que el tío Quico preguntóle al otro: «¿Qué trazas te das y cómo te las arreglas

para ser tan dichoso con la maña?» «Chiquio—respondióle—que ésta tenía un gato morisco, al que quería más que a su padre en persona, y cuando nos casamos abrí el ventano, tiré el gato a la calle y hasta hoy.»

ANGEL ¡Animalito!

AUG. Oír esto el tío Quico, montar en su burra y plantarse en su casa, tóo fué uno. Lo que pasó o no pasó, él vería; pero a la otra mañanica y cuando Dios comenzaba a echar sus luces, se presentó en casa del compadre otra vez, con un ojo como un pero, rotas dos costillas y perniquebrao. «¿Qué te pasa?», le preguntó el otro. «Que me has engañao! Mi mujercica también tenía un gato morisco, que era un encanto para ella, y ayer llegué con tu relación, abrí el ventano y lo estrellé en el patio. Pero... ¿pa qué lo hice, Virgencica del Pilar?... ¡Detrás del gato fuí yo, tirao por ella, y aquí estoy hecho ciscol» Y el compadre, entonces, no le dijo más que esto: «¡Ganao te lo tienes, por borrico! Si hubieras hecho lo que yo, que fué tirar el gato la misma noche de novios, otro gallo te cantara.» Y ahora, usted saque la consecuencia que quiera, y váyale con el cuentecico a quién le parezca. ¡Adiós, muy buenas! (Se va por el foro.)

ANGEL (Después de unos momentos de asombro.) ¡Definitivo! Con cuatro como este el año ocho, se quedan los franceses sin entrar en Zaragoza!

ESCENA IX

DON ANGEL y ASUNCIÓN, por la primera izquierda, también muy compuestita y adornada. Trae una carta y una moneda. A poco SABINA

ASUN. (Que se dirige rectamente a la puerta del foro.) ¡Felices, don Angel!

ANGEL (Afabilísimo.) ¡Hola, encantadora niñita! (Aparte.) ¡Qué criatura!

ASUN. (Llamando en voz alta.) ¡Sabina! ¡Sabina!... (Viene al centro.) ¿Usted, bien? (Le tiende la mano que don Angel se apresura a estrechar.)

ANGEL — Con vértigos, hija mía, con vértigos, porque es usted una emanación de cloroformo... ¿Qué régimen de alimentación observa usted para estar tan bonita?

ASUN. — (Con festivo desdén.) Esa pregunta dirijásela usted a Josefina y no a mí. (Aparece Sabina por el foro.)

SAB. — ¿La señorita llama?

ASUN. — Sí. Vaya usted abajo, aquí al estanco que está al ladito, y deje esa carta en el buzón. (Le entrega la carta y la moneda.) Es para el interior.

SAB. — (En bruto como siempre.) ¿Y qué le digo?

ASUN. — (Extrañándose.) ¿A quién?

SAB. — Al estanquero.

ASUN. — Pues, eso... que le ponga un sello y que es para el interior.

SAB. — (Sin moverse.) Lo que mande la señorita.

ASUN. — (Después de un momento de estupefacción.) ¡Ande usted! ¡Baje a eso!

SAB. — Como la señorita disponga. (Hace como antes, una reverencia, y se va por el foro hacia la izquierda.)

ASUN. — ¡Qué chica esta! ¡Parece tonta!

ANGEL — Es que trae del pueblo instrucciones concretas. Y esa cartita... ¿qué? ¿Es para algún novio?

ASUN. — (Presuntuosilla.) No... No me convienen novios estudiantillos. Ahí van unas calabazas morrocotudas.

ANGEL — (Ríe.) ¡Je, je, je!

ASUN. — ¿Para qué quiero yo alumnos de segundo de derecho? Se ha atrevido uno a pedirme relaciones y lo mando a baños.

ANGEL — (Que continúa muy risueño.) ¡Así me gusta! Usted vale mucho... Usted se merece algo más que un pollo universitario.

ASUN. — ¡Claro!... Y con lo que nos espera... Porque ya sabrá usted lo del primito, ¿eh?

ANGEL — (Aparte, poniéndose serio repentinamente.) ¡Atiza!... ¡Otra que sueña con la isla de Cuba!

ASUN. — Yo no soy de muy mal parecer, y si Segundito se fija... (Está vanidosa.) ¿Cree usted que se fijará, don Angel?

ANGEL — (Aparte, cómicamente desconsolado.) Lo que yo creo es que me quedo sin lista. ¡Jesús, cómo está la temperatura!

ESCENA X

DICHOS, DOÑA TERESA por la segunda derecha, ataviada también convenientemente. Luego CONCHITA, y SABINA cuando se indique

TER. ¿De dulce paliqueo, eh?

ANGEL Alegrándonos la vida este arcángel del cielo número siete.

TER. (Complacida.) ¡Oh! (A ella.) Niña, da las gracias por esa galantería.

(Asunción se ríe.)

ANGEL Déjela... Somos de confianza.

CON. (Saliendo por la primera izquierda.) ¿Qué perfume es más elegante, mamá?... ¿Violeta o «Semiramís»?

TER. «Semiramís.»

CON. Ese me he puesto.

TER. Has acertado. (A don Angel.) ¿Tienen intuición, verdad?

ANGEL ¡Ah, sí, señora! (Aparte.) Hacia Ultramar.

ASUN. (Impaciente.) ¡Cómo tarda el viajero!...

TER. ¿Qué ha de tardar? ¡Está al caer!... (Aparte.) ¡Y el Señor me oiga!

ANGEL (Aparte a Conchita.) ¿Ruptura definitiva con Augusto?

CON. Definitiva. Lo siento, pero... las circunstancias... la vida...

ANGEL Sí, sí... (Aparte él.) ¡Pues como no se lo sorteen!...

(Aparece Sabina por el foro.)

SAB. (Sin avanzar.) ¡Señorita!... (Asunción la atiende.) Ma ha dicho el estanquero que bueno y que le dé memorias a la señorita.

ASUN. (Nueva extrañeza.) ¿A mí?... ¡Si no me conoce!

SAB. Pues así fué. Yo le dije: «De parte de mi señorita, la más pequeña de las tres, que esto es pa el interior y que le ponga a esto un sello.» Y él se lo pegó en un pico a la carta y me dijo eso: «Pues dile que bueno y dale memorias a tu señorita.» (Asombro y risas.)

TER. Bien... Vete a la cocina.

SAB. Lo que mande la señora. (Se va después del consabido saludo.)

ASUN. (Muerta de risa.) ¡Es chistosa! ¡Ja, ja, ja!
TER. Es una acémila. ¿Y esa carta?...
ASUN. (Cambia con su madre significativas miradas.) Sí. La de Felipín, que va muy expresiva.

ESCENA XI

DICHOS y JOSEFINA por el foro. Viene muy ufana

JOS. Ahora mismo he puesto el arroz... ¡Señores, qué paella nos ha salido!... ¡Emocionante!... (Risas de las otras. Josefina repara en don Angel.) ¡Ah!... Buenas tardes. (Le saluda friamente con una leve inclinación de cabeza.)
ANGEL (Correspondiendo al saludo con exagerado rendimiento.) Muy buenas, Josefina.
JOS. Os vais a chupar los dedos esta tarde.
CON. (Molesta.) Bueno... Calla ahora y no nos molestes hablando de guisotes.
JOS. (Como indignada.) ¿Guisotes? ¿Has dicho guisotes? ¡Pues te caíste! Lo que es la paella no la pruebas tú hoy.
CON. (Despectiva.) ¡Déjanos de tonterías!
JOS. (Con firmeza.) Nada, nada... Lo hago cuestión de gabinete... ¿Qué te has creído tú?... ¡Hoy no pruebas la paella, te digo!
TER. (Como reprendiéndola.) ¡Josefina!...
JOS. ¡Que no la prueba!...
CON. ¡Ni falta que hace!
JOS. ¡Claro que no!... Lo que te hace falta a ti es una buena vara de acebuche.
TER. ¡Niña, niña!...
JOS. (Ya descompuesta, pero sin desentonar.) ¡Sí es verdad, mamá! No sé qué ráfaga de perturbación ha entrado en esta casa con el anuncio de un hombre soltero y rico que viene de Cuba... (Por Conchita.) Esta se está viendo ya en una hamaca, a la sombra de un cocotero y rodeada de negritas que le echan aire con abanicos de pluma, y, si le valiese, regañaría con Augusto renunciando a un casamiento decente y honrado.
CON. (Con ira.) ¿Yo?... ¡Embustera!
ASUN. ¡Ríñele, mamá!
JOS. (A Asunción.) ¡Calla, tú, marisabililla, que eres

también de oro, y si novio tuvieses por una casualidad, capaz hubieras sido de darle calabazas hoy mismo.

ANGEL (Aparte.) ¡Qué clarividencia!

JOS. Y porque yo, para atender al huésped y mirando por el buen nombre de todos, me apresuro a arreglar un plato que, quieras tú (A Conchita.) o no quieras, es exquisito y ha salido admirable, os estais hartando de lanzar puyas y hasta guisote llamas a la paella. ¡Bueno!... ¡Pues no la catas! Y si quieres comer, te fríes tú misma un par de huevos con tus manitas de hada. ¡Aire!

TER. Bien... Ya está bien. Las hermanas no regañan por tonterías. Haya paz. Y tú, Josefina, no te descompongas y respeta la presencia de don Angel.

JOS. Es verdad, sí... Pero... (Irónica.) ese caballero es persona de confianza. (Tintineo furioso y golpes fuera.) ¡Ah!... Las de arriba, que vienen también por novio y traen mucha prisa. ¡Ja, ja, ja!

(Se va por el foro riendo. Su intención es abrir. Se ve también cruzar a Sabina por el pasillo.)

ANGEL ¡Es encantadora su Josefinita!

TER. Pero se vulgariza demasiado algunas veces.

CON. (Colérica aún.) ¡Cuidado con lo que ha dicho de Augusto!

ASUN. ¿Pues y lo de las calabazas?... (Ruido dentro. Pasos acelerados.)

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA BÁRBARA y LOLITA, por el foro, seguidas de Josefina. Doña Bárbara viene muy compuesta. Lolita, su hija, es una verdadera desdicha física: tuerta y chata o nariguda; según le plazca a la actriz. Usa impertinentes. Procura siempre estar a la izquierda de sus interlocutores y nunca mira de frente para hurtar al examen ajeno su grave defecto. También viene ridícula y pretenciosamente ataviada.

BÁR. (Revelando, como su hija, una alegría infantil, y dando, ambas, muestras de un extraordinario interés. Muy vivamente.) ¡Ya!.. ¡Ya viene!... ¡Acaba de doblar la esquina el coche!

LOL. ¡Sí!... ¡Un ómnibus, un ómnibus! (Confusión general.)

CON. ¡Un ómnibus!

ASUN. ¡El coche!

TER. ¡Son ellos!...

(Las tres se precipitan a la primera derecha y se van velozmente y atropellándose unas a otras.)

JOS. Van al balcón a comprobarlo.... ¡Dios mío, cómo están!...

LOL. ¡Hemos visto el coche, el coche, el coche!...

BÁR. ¡Sí, sí!... ¡No hay duda!... (A Josefina.) Y tú nos presentarás a tu primo, ¿verdad, Josefina?

JOS. Sí, señora. Ya se lo prometimos a usted. Entretanto, venga. Y tú, Lolita, ven también. (Las atrae para acercarlas a don Ángel.) Don Angel. . Tengo el gusto de presentar a usted a nuestra distinguida vecina doña Bárbara de la Puebla.

BÁR. (Saluda). Y Rodríguez y García.

ANGEL Señora... Tanto gusto.

JOS. Su hija Lolita, muy culta y muy distinguida también.

BÁR. Y sabiendo francés admirablemente.

ANGEL Señorita... (Aparte.) ¡Pues que se la lleven a Francia con esa cara!

JOS. (Continuando la presentación.) Y el señor es nuestro amigo don Angel, correcto caballero, propietario y viudo.

BÁR. Tenemos a gran honor conocerle a usted, y dentro de nuestra modestia, le ofrecemos una amistad desinteresada y sincera.

ANGEL Mil gracias, señora. (Aparte.) ¡No me gusta el marisco!

BÁR. (Aparte a su hija.) ¿Qué te parece este señor para marido?

LOL. (Que ha estado examinando a don Angel a través de los impertinentes.) ¡Irreprochable, mamá!

TER. (Saliendo jubilosa.) ¡Sí!... ¡Son ellos!... ¡Se ha detenido el ómnibus a la puerta!... (Llamando.) ¡Niñas, venid!... ¡No asomaros al balcón, que no es de buen tono!... (Al grupo.) ¡Ah, don Angel!... ¡Ah, hija mía!... ¡Es un hecho, es un hecho!

(Salen Conchita y Asunción, locas de contentas. Animación general, que irá creciendo gradualmente.)

CON. ¡Ahí están!...

ASUN. ¡Ya está ahí el primito!...

TER. ¡Bueno, bueno!... Orden y vamos a preparar la recepción.

CON. ¿Salimos todas a la escalera?

TER. ¡Qué disparate!... ¡Eso es de cursis!... Le esperamos aquí mismo, formando calle desde esa puerta (La del foro.) y colocándonos todas con naturalidad.

LOL. (Palmoteando.) ¡Eso, eso!... ¡Y yo también!

TER. ¡Veréis!... Asunción, aquí. (A la izquierda cerca del foro.) Don Angel a su lado, (Se van colocando formando calle desde el foro al primer término.) y a continuación doña Bárbara y Lolita. ¡Así!... ¡Eso es!

LOL. (Aparte a su madre.) Qué lejos me ponen, mamá.

BÁR. Paciencia, hija. Es que abusa, porque está en su casa.

TER. (En el otro lado colocando a las figuras.) Y aquí, Conchita. (La primera junto al foro derecha.) Después yo, y después Josefina. ¿Estamos?

TODAS ¡Sí, sí!

TER. Pues oid. Hay que fingir sorpresa... como si no le esperásemos. Es lo elegante. Pero apenas papá le presente, todas lanzáis un grito de satisfacción y de alegría. ¿Comprendéis?

ELLAS ¡Sí, sí! Comprendido.

LOL. (Como antes, palmoteando con júbilo.) ¡Y yo también! ¡Sí!!

TER. Inmediatamente rompéis las filas y os abalanzáis a él, colmándole de besos y de abrazos.

LOL. (Más jubilosa.) ¡Eso, eso! ¡Y yo también, y yo también!

BÁR. ¡Y yo, y yo!..

ANGEL (Con recelo.) Yo, no... ¿eh?

TER. ¡Silencio! (Oye unos instantes.) Ya suben. Quieto todo el mundo.

(Transcurren unos momentos. Suena el timbre. Movimiento general de espectación. Se ve a Sabina cruzar el pasillo del foro. Otra pausa. Gran nerviosidad en los personajes.)

ESCENA XIII

DICHOS, SABINA primeramente. Después DON PERFECTO, y cuando se indique SEGUNDO.

SAB. (Dentro, dando un grito agudo.) ¡Ah!... (Entra en escena corriendo y como presa de un pánico indescriptible, atravesando la improvisada calle.) ¡Ay, ay, ay! (Estos ayes, entrecortados y nerviosos, producen alarma. Sabina, sin saber por dónde meterse, se decide por la primera izquierda y por ella huye atropelladamente.)

TER. ¡Esa bestia!... ¿Qué habrá hecho? (Rumor dentro.) ¡Silencio! (Vuelven todos a su anterior actitud y posición.)

PER. (Dentro.) ¡Adelante, hijito!... Por aquí, por aquí. (Sale a escena y se detiene en la puerta. Con voz emocionada y solemne.) ¡Teresa!... ¡Hijas mías!.. ¡Señores!... ¡Tengo el gusto de presentaros a mi sobrino Segundito, el hijo de mi querido y entrañable hermano!

(Aparece Segundo, que es negro, contrahecho y cojo. Se apoya en dos muletas. Viste de blanco y se cubre con un gran jipijapa.)

SEG. (Avanza un poco. Se detiene y se descubre.) ¡Servidor! (Espanto general.)

ASUN. (Cayendo desmayada en una silla.) ¡Ay!... (Acude a ella don Angel.)

CON. (También se desmaya.) ¡Ay!...

TER. (Igualmente. Todo muy rápido.) ¡Ay!

(Josefina se apresura a atender a su madre. Segundo, sin moverse, observa la situación.)

PER. (Atribulado, alzando las manos al cielo.) ¡El equinocio! .. ¿Dónde están esos rayos, Dios mío?

BÁR. (A su hija, que no ha cesádo de mirar a Segundo con los impertinentes.) ¿Qué te parece este negrito, hija?

LOL. (Con acento de firme convicción.) ¡Muy aceptable, mamá!.. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Sobre un mueble, y en lugar muy visible, veinte o treinta cajas de cigarros habanos de diversas marcas y tamaños. También es de día en este acto.

ESCENA PRIMERA

JOSEFINA y DON PERFECTO. La primera por el foro, con un tazón humeante que se supone contiene tila. Saldrá después de unos momentos, durante los cuales permanecerá sola la escena. Don Perfecto, con batín y zapatillas, aparecerá luego por la segunda izquierda.

JOS. (Llega al centro y prueba la tila.) ¡Uf! (Reconoce que el líquido está aún muy caliente y deja el tazón en la mesa-velador.)

PER. (Sale revelando fatiga, cólera y falta de sueño.) Son las nueve menos cuárto. Mientras me visto y demas, las nueve. Tomo ahí arriba un tranvía de la Moncloa y... ¡justo! A las nueve y media en punto me pego un tiro. (Se desploma en una butaca.)

JOS. (Asustada.) ¡Papá!

PER. No, si no me lo pego. ¡Pero debía pegármelo! ¡Qué noche, señor!... ¡Qué noche he pasado en el butacón del despacho, mal durmiendo a ratos y soñando con la Guinea y con el padre de *Aida*, el de la ópera de Verdi. ¿Con quién se habrá casado mi hermano para editar eso?

JOS. El criado de Segundito nos lo explicó ano-

che. Se trata de un hijo de cuarterona y de un salto de raza a la cuarta generación. Dice que esto es cosa frecuente en su país.

PER. Podrá serlo; pero, yo, lo que sostengo es que, de blanco y negro sale un medio color. ¿No lo vemos así a diario en el café con leche? ¿Cómo te explicas tú que de mi hermano, blanco, y de su mujer, cuarterona, haya nacido un quintal de carbón?

JOS. ¡Papá! ¡Compadécete de ese infeliz, que, al fin y al cabo tiene en sus venas sangre nuestra!

PER. ¿Sangre dices? ¡Quiá! ¡Lo que tiene es tinta, como los calamares!

JOS. (Condolida.) ¡Vaya por Dios!

PER. Y... además, ¿qué hacemos con un perturbado, con un idiota, que en el ataque que sufrió anoche y en el de esta mañana dió pruebas terminantes de enajenación mental?

JOS. ¡No tanto! Lo que le pasa es que se queda sin habla, sin acción...

PER. ¡Y esa es su suerte, porque si se exaltara o se enfureciera, nos enredaríamos a puñetazos y o yo le ponía blanco o él me ponía negro; pero se desahogaba uno!

ESCENA II

DICHOS, DON ANGEL por la primera derecha, fatigadísimo; pues no ha dormido, cuidando al enfermo. Conduce un cubo y un jarro grande de tocador. Se ha acondicionado a la cintura un delantal y viene en mangas de camisa.

ANGEL Ahora quiere lavarse las manos.

PER. (Como asombrado) ¿Y para qué?... ¿Qué adelanta un negro con lavarse?

ANGEL No lo sé; pero eso quiere, y con agua caliente. Voy por ella a la cocina. (Se va por el foro.)

PER. ¡Ahi tienes otra víctima! El buen señor se ha pasado la noche en vela cuidando al enfermo y asistiéndole .. ¡Y ha tenido que hacer unas cosas! ..

JOS. ¡Otros resultados se pueden sentir más!

PER. Indudablemente. El trance en que se ven

tus hermanas, por ejemplo, ambas a dos, compuestas y sin novios.

JOS. Porque ellas se lo han buscado.

PER. ¡La poca edad! Soñaron con un Adonis de los trópicos y se encontraron con un perro de Terranova. Menos mal que, tu madre, actuando de embajadora, ha ido con ellas en busca de Augusto y de Felipín, y logrará convencerles.

JOS. ¡Si Dios quiere! ¡Qué pintoresco es todo esto!

PER. (Algo descompuesto.) Pero .. ¿qué quieres que yo haga, Josefina?... En mi caso, cómo procederías tú?

JOS. Resolviendo la situación de un modo radical.

PER. Pues en eso estoy pensando; en resolverla radical y definitivamente. En casa, desde luego, no se puede quedar tu primo.

JOS. (Vivamente.) ¿Cómo que no?

PER. ¡Imposible!... ¿Tú quieres que nos saquen cuplés? Si no mejora y si los ataques esos se repiten, gestionaré que se lo lleven a un sanatorio.

JOS. (Como asustada.) ¡Papá!

PER. ¡Y le haré un favor!...

JOS. (Afectada.) ¡Pobre Segundo!... Por ser tan desgraciado, merece aún mayor compasión.

PER. ¡Vaya, vaya!... ¡Déjame de sensiblerías!... Y conste que desde mañana no vuelve a entrar aquí un periódico con folletín, que es lo que te pone así! (Josefina, dolorosamente resignada, recoge el tazón y hace mutis por la primera derecha.) ¿Qué querrán, Señor?... ¿No dicen que lord Asquith tiene tanto talento? ¡Pues aquí quisiera yo verle! ¡Que venga!...

ESCENA III

DON PERFECTO, y DON ANGEL, por el foro, con el cubo y el jarro donde se supone trae agua caliente.

ANGEL ¿Se pone a la lumbre el puchero o la leche?

PER. Cualquier cosa; pero deje usted que Josefina prosiga esos menesteres, y descanse un poco, don Angel.

ANGEL (Dejando en el suelo el cubo y el jarro.) Si no me canso. Todo esto lo hago yo con muchísimo gusto. (Aparte.) ¡Si no fuera por tu hija!... (se sienta a la izquierda, quitándose el delantal.)

PER. (Aparte). ¡Qué amable es!

ANGEL ¿Y se ha sabido algo de la criadita man chega?

PER. Nada. Apenas vió al negro, se metió debajo de la cama de Josefina y de allí hubo que sacarla enganchándola con el puño de un bastón. Y a aquella hora huyo de casa y... ¡ni rastro!

ANGEL ¡Cuántas complicaciones ha traído ese pobre muchacho!

PER. ¡No lo sabe usted bien! Y no encuentro más que una solución a todo esto.

ANGEL ¿Cuál?

PER. El manicomio.

ANGEL Me parece muy acertada.

PER. Pues se lo está ganando el sobrinito, y si yo conociese a alguien que...

ANGEL ¡Hombre!... Contertulio mío del Casino y buen amigo, es el doctor Urquiza.

PER. ¿El alienista?

ANGEL Sí. El que tiene esa gran casa de salud en las afueras. Muy cerca de aquí vive. ¿Quiere usted consultarle el caso?

PER. (Dudando.) Yo iría, sí... Pero... ¿no será pre maturo? ¡Qué sé yo, qué sé yo! (Queda pensativo.)

ESCENA IV

DICHOS y LUCIANO, por la primera derecha. Es joven y habla con acento cubano.

LUC. (Respetuoso.) ¿Encontró agua el caballero?

ANGEL Sí, simpático Lucianito. Ahí está, y el cubo vertido y desocupado.

LUC. Bien, señor. (Va a recoger el jarro y el cubo.)

PER. (Aparte a don Angel,) ¿Qué tal hombre es éste?

ANGEL (También aparte.) Un infeliz. Parece muy fiel para su amo.

PER. (Alto a Luciano.) Oiga, amigo. ¿Quiere contestar a unas preguntas?

LUC. En todo momento. ¿Qué se le ofrece?

PER. Deseo saber algo referente a mi sobrino.

LUC. ¡Ah!... ¿Referente a niño Segundo?... Pregunte, señor.

PER. (Aparte a don Angel.) ¡Mire usted que decirle «niño» a eso!..

ANGEL (Aparte a don Perfecto.) Costumbre de los criados cubanos.

PER. (Alto.) Dígame... Esa enfermedad que padece, ¿qué clase de dolencia es?

LUC. Cosa de la cabeza. Es un trastorno que, con ésta, le ha entrado ya tres veces, ¿sabe?

PER. ¿Tres veces?

LUC. Sí. De dos en dos años le da el soponcio y se pone así.

PER. ¿Y cuánto le dura el soponcio?

LUC. Muy poco, señor. Cuatro meses.

PER. (Se levanta de un salto.) ¡Cristo!...

LUC. Pero hay que ponerle en curación. ¿Sabe? Porque, si no, los ataques son más fuertitos cada vez, y se puede enfurecer el niño y extrangular al que pille cerquita.

ANGEL (También se levanta vivamente. Aparte.) ¡Puñalés con el niño!

PER. (Aparte.) ¡Ay, Segundito!... ¡Te veo en una celda de pago! (Alto.) Bueno; pero sepamos, ¿son muy frecuentes esos ataques?

LUC. No mucho. Ordinariamente, tres al día. Lueguito, a la una, vendrá el segundo, y pos la noche, a las diez, el tercero. Este es el más peligroso, y convendrá que amarren al niño con muchos cordeles, ¿sabe?

PER. (Cuyo asombro y temor crecen.) ¡Quiá, hombre! ¡Yo no sé nada y el tercer ataque lo va a aguantar su papaíto! (A don Angel, aparte.) ¿Va usted a venir esta noche?

ANGEL (Alarmado.) ¿Al tercer ataque?... ¡Me parece que voy a tener que hacer a las diez!

PER. No. Es que quiero que cene usted con nosotros.

ANGEL ¿Y con el negro?

PER. ¡Qué disparate!... Ahora verá usted lo que hacemos con él. (A Luciano.) Bueno... Puede usted retirarse.

LUC. A sus órdenes, señor. (Recoge cubo y jarro y hace mutis por la primera derecha.)

PER. A la hora de la cena, ya Segundito no estará aquí.

ANGEL ¡Cómo!

PER. ¡Que no lo pienso más y ahora mismo vamos a ver al doctor Urquiza!... (Indignado.) ¡Negritos a mí!.. Pronto vuelvo. (Mutis por la segunda derecha.)

ANGEL (Que esta realmente asustado.) Con eso de que extrangula, no contaba yo. ¿De modo que al que pille cerquita, zás, como a una gallina? Tomaré mis precauciones. (Sale Josefina por la primera derecha.) ¡Ella!...

ESCENA V

DON ANGEL y JOSEFINA

JOS. (Que va a dirigirse al foro y ve que don Angel le cierra el paso.) Qué... ¿seguimos con las tonterías?

ANGEL (Suplicante.) ¡Josefina, por Dios!... ¡Atiéndame usted un minuto siquiera!

JOS. (Severa.) Pero don Angel... Usted está engañando a mi familia miserablemente.

ANGEL ¿Yo?...

JOS. ¿Qué fin persigue usted en esta casa? ¿Qué es lo que usted busca?

ANGEL ¡Su amor de usted!

JOS. ¿Mi amor? (Ríe.)

ANGEL (Apasionado.) ¡Sí, Josefina!... Sea usted generosa y tenga presente los sacrificios que por usted estoy haciendo, pues ya comprenderá que eso de cargar con cubos y con lo que no son cubos, no es por el negro, sino por usted. ¡Piénselo, que de rodillas se lo pido! (Rindiéndose a los pies de Josefina, en cuyo momento aparece Luciano por la primera derecha y se detiene, ocultándose entre el cortinaje de la puerta.)

JOS. (Agria.) ¡Vaya usted a paseo! (Se va por el foro.)

ANGEL (Levantándose a tiempo que Luciano sale de su escondite y avanza un poco.) ¡Hecho! Cuando una mujer le dice a uno «vaya usted a paseo», es que está al caer. ¡Hecho, hecho!

ESCENA VI

DON ANGEL y LUCIANO

LUC. (Muy jovial.) ¡Muy bien, caballero don Angel!

ANGEL (Algo sorprendido.) ¡Ah!... ¿Te has enterado de...?

LUC. Sí... ¡Linda fragata es la mocita!

ANGEL ¡Suntuosa!.. ¡Es más que fragata!

LUC. Pues ataque el señor sin reposo. En Cuba, dicen que, cuando el caminante tenga sed, no debe preguntar por el amo de la hacienda que cruza, ni pedir permiso, sino arrancar el fruto del primer cocotero que encuentre y beberse el agua dulce y fresca del coquito.

ANGEL ¡Eso!.. Y ya que eres tan simpático y francote, te diré que en esta casa hay tres cocos insuperables.

LUC. ¿Tres?... ¿Y no son muchos para un niño solo?

ANGEL Para un niño, sí, porque se empacharía; pero ¿para mí?...

LUC. Comprendo, comprendo. Los tres cocos son las tres señoritas de la casa.

ANGEL ¡Justamente! Aquí hay un harén, y si tú eres discreto y me ayudas...

LUC. ¡Siempre, siempre!

ANGEL Te gratificaré. Yo soy muy rico.

LUC. ¿Muy rico?... ¿Cuántos pesos amontona el señor?

ANGEL Cerca de ochenta mil.

LUC. ¡Es plata, es plata!... Pero niño Segundo tiene más.

ANGEL ¿Más?...

LUC. Pasan de ochocientos mil.

ANGEL (Con asombro.) ¡Caracoles!... ¡Es plata, es plata!

LUC. Pero no tema. Cuente conmigo. El señor comerá coco. (Se inclina, saludando, y se va por la primera derecha.)

ANGEL (Muy contento.) ¡Un aliado!... ¡Y con qué firmeza lo asegura! «El señor comerá coco»... ¡Vaya!... ¡Por partida triple!

ESCENA VII

DON ANGEL y DON PERFECTO. Este sale por la segunda derecha, vestido como para la calle

PER. Cuando usted quiera, don Angel.

ANGEL En seguida. (Va a hacer mutis.)

PER. Oiga. ¿Sabe usted si fuma el doctor Urquiza?

ANGEL Sí, señor. Vegueros magníficos. (Se va por el foro para volver a poco, colocándose la americana.)

PER. ¿Vegueros magníficos?.. (Se aproxima al mueble donde están los habanos y escoge dos cajas.) Pues le llevaremos unas «águilas imperiales» y un cajoncito de «brevas»... ¡Aja!... ¡Que sirva para algo este tabaco, qué demonio!

ANGEL (Sale.) Estoy a su disposición.

PER. (Con las cajas bajo el brazo.) ¿Dice usted que vive cerca?

ANGEL Ahí a la vuelta.

PER. Pues vamos. (Desde el foro en voz alta.) ¡Josefina!... ¡Hasta luego!... (Pausa corta.) ¡Sí, pero vuelvo pronto! (A don Angel.) Pase usted. (Pasa don Angel.) ¡Celda de pago y que la pague él! (Se va tras don Angel.)

ESCENA VIII

JOSEFINA por el foro. A poco LUCIANO por la primera derecha

JOS. (Deteniéndose en la puerta.) ¿A dónde irá papá tan precipitadamente? (Avanza.) Un milagro es que no deja aquí a ese majadero, que si no fuera un imbécil, ¡ya tendríamos que sentir, ya!

LUC. (Sale y se sorprende.) ¡Ah!... Perdone... Creí que estaba el caballero don Angel.

JOS. Ha salido. ¡Qué!... ¿Le sentó bien a Segundito el calmante de tila con azahar?

LUC. Sí, señorita. Ahora duerme.

JOS. ¿Ve usted?... Pues déjele reposar, porque todo lo que tiene es nervioso... ¡La excitación, las impresiones!... Ya le atenderemos aquí y le cuidaremos cariñosamente.

Luc. Eso necesita niño Segundo: cuido, cariño y atenciones. ¿La señorita le quiere bastante?

Jos. ¡Naturalmente! Es mi primo, casi mi hermano. ¡Y es, además, tan desgraciadito!

Luc. ¡Mucho! Nada le sale bien en este mundo.

Jos. ¿Hace tiempo que le trata usted?

Luc. Nací en la casa el mismo mes que nació él. Mi madre alternaba el pecho entre niño Segundo y yo, y desde la infancia me permitieron ser, más que su criado, su compañero y su amigo.

Jos. ¡Es interesante todo eso!

Luc. Más interesante es la historia del niño y su objeto al venir a España.

Jos. ¿Sí? .. ¡Cuente, cuente!... ¡Siéntese! (Se sienta ella.)

Luc. (Que está sumamente correcto.) Perdón. No me siento. Soy un pobre sirviente...

Jos. Como usted quiera

Luc. Hablaré de pié... Es lo mismo, señorita, y así guardaré a la casa los respetos que merece. (Pausa.) Niño Segundo, señorita, creció deforme, feo, enfermizo, mal. Pero, ¡oh!... era muy inteligente, muy bueno, muy generoso. Niño Segundo llegó a hombre y no encontró amores en la tierra del amor, que Cuba es madre de pasiones y anhelos y allí para todo amante hay nido, lo mismo en los grandes palacios de la Habana que en los ranchos humildes del guajiro. ¡Niño Segundo se moría de tristeza!.. Un viajante español llegó a la casa y fué preguntado por el amo. El viajante conocía a don Perfecto y a la familia de don Perfecto; es decir, a los señores de esta casa. Y habló de que si rosas hay en los rosales, pálidas eran ante la hermosura de las sobrinitas españolas; puntualizando un dato.

Jos. (Que escucha con gran interés.) ¿Un dato?

Luc. Sí. Puntualizó que, una de las tres primas de niño Segundo, era incomparablemente bella. «Sueño de poeta», la llamó, añadiendo que, todo el tesoro de su hermosura era pequeño si se comparaba con el del corazón. El viajante hablaba de la señorita Josefina.

Jos. (Muy sorprendida.) ¿De mí?... ¡No puede ser!... Ese viajante mentía.

Luc. (Con firmeza.) No ha mentido.

Jos. ¿Eh? (Se miran durante unos momentos. Ella se rinde y baja la vista, inquietándose desde este instante.)

Luc. (Con dulzura.) No ha mentido. (Pequeña pausa.) Sabidas ya las señas, niño Segundo tuvo un propósito y acarició un sueño. Es muy rico, poderoso... Hijo único y único heredero, quiso saber si con su fortuna, con toda su plata, se compra felicidad.

Jos. (Con viveza.) ¡No!

Luc. La señorita ha dicho que no y en eso estamos de acuerdo. Pues el sueño que acaricia es conse uir el amor de la señorita.

Jos. (Levantándose.) ¿Mi amor?

Luc. Sí. (Ella hace un gesto de involuntario desdén.) No lo obtendrá. ¡También en eso estamos conformes!

Jos. (Vacilante, aturdida.) El amor... ¡Pobre Segundo!... Yo, sí; le quiero, le compadezco; le atenderé consolándole en sus tristezas sin consuelo .. Pero ¿amarle?... (Queda durante unos momentos con la cabeza inclinada.)

Luc. (Después de la pausa.) Señorita... Perdone mi atrevimiento, mis confidencias...

Jos. No, no... Se las agradezco. Le he oído con gran interés. Y... (Procurando volver a su afabilidad risueña.) permítame usted que le felicite por su narración nada vulgar.

Luc. Señorita... (Vuelven a mirarse con fijeza y cambian una sonrisa muy leve. Luciano se inclina cortesmente y se va por la primera derecha Josefina inmóvil en su sitio, le ve irse, y está durante unos segundos con la vista clavada en la citada puerta. Después se irá acercando hacia ella inconscientemente.) ¡Dichoso viaje!... ¡En qué mala hora se les ocurrió venir! Es verdaderamente singular ese hombre. (Suena el timbre de un modo irregular.) ¡Ya está ahí mamá!... ¡Y llama con furia! Eso me da mala espina. (Se va por el foro para abrir la puerta.)

ESCENA IX

JOSEFINA, DOÑA TERESA, CONCHITA y ASUNCION. Las tres últimas con trajes de calle. Doña Teresa trae un paquete que contiene dos cajas de cigarros habanos y demuestra un humor de mil demonios. Sus otras dos hijas vienen atribuladas

TER. (Que entra la primera.) ¡Uf!... ¡Qué olor a cocina hay en esta casa!... ¿Por qué no se abren aquellas ventanas y las del pasillo, mujer? (Deja los habanos.)

JOS. Para evitar corrientes de aire. Ten en cuenta que hay un enfermo en casa.

TER. ¡En casa lo que hay es que ha entrado el enemigo malo!.. (Se persigna.) El Señor nos libre, amén.

(Conchita y Asunción se quitan los sombreros y los guantes.)

JOS. Bueno, cuéntame... ¿Qué ha pasado?

TER. ¡No sé!... ¡Déjame!

JOS ¡Mamá!..

TER. ¡Que no tengo ganas de conversación, ea! (Se va por la segunda derecha para volver a poco, sin sombrero ya, sin el bolso de manos y sin guantes.)

JOS. (A Conchita.) ¿Y tú, las tienes?...

CON. ¡Déjame en paz! (Le vuelve la espalda.)

JOS. (Aparte.) ¡Me parece que la embajada ha fracasado ruidosamente! (Se acerca a Asunción y le tiende un brazo por los hombros.) Ven acá tú, rica. ¿Qué tienes? ¿No te quiere Felipín, eh?

ASUN. ¡Ni yo le quiero a el!... ¡Eso!... (Está casi llorando.)

JOS. Tengo entendido que le pusiste una carta muy dura.

ASUN. ¿Yo?... Lo que le dije fué que por ahora no quería estudiantillos y que si insistía en sus pretensiones, me vería obligada a mandarle a freir espárragos... ¿Tiene eso algo de particular?

JOS. ¡Qué ha de tener!... (Muy cariñosa, atrayéndola hacia la segunda izquierda.) Bueno, ven. Ahora te voy yo a dictar una carta y ya verás qué bonita y qué diplomática nos sale.

ASUN. (Gimoteando.) ¡Si no le quiero, si no le quiero a ese tonto!

JOS. Bien.. Calla. Tú déjame a mí. (Se van.)

CON. (Colérica) ¡Despreciarme así!... ¡Oh! (Se sienta.)

ESCENA X

CONCHITA, DOÑA TERESA. Luego JOSEFINA y DON PERFECTO

TER. (Sale) ¡Ahí tienes la consecuencia de las ligerezas y de las locuras!... ¿Lo ves claro ahora? (Conchita llora de rabia.) Pero no te apures, porque tú te casas este año o dejo yo de llamarme doña Teresa. (Se sienta también.)

CON. ¡Con Augusto, nunca!... ¡Primero me enveneno con sublimado!

TER. ¡No seas vulgar, hija!... ¡El sublimado ya no lo usan más que las criadas de servicio!...

CON. ¡Yo a ese hombre le detesto! ¡Antes que unirme a él, prefiero a mi primo, negro, cojo y jorobado!

TER. (Sorprendida.) ¿Eh?

CON. (Resuelta.) ¡Lo que oyes!

TER. Pues mira, mira .. ¡Me has dado una idea!...

CON. ¿Qué se ha creído ese grosero?... ¿Es que no hay principios sociales en el mundo?

TER. ¡Lo que no hay son maridos abundantes, y de eso se prevalen algunos! (Suenan dos golpes de timbre.) ¡Ese es tu padre!

CON. Sí... Papá llama así. (Sale Josefina por la izquierda diririgiéndose al foro)

TER. (A Josefina) Pero... ¿había salido?

JOS. Con don Angel se fué. (Sale por el foro.)

TER. ¿A dónde iría?

CON, Quizás a acompañarle a su casa. El buen señor querrá descansar.

TER. Lo sentiré, porque nos hace el gran avío. ¡Ya le tenía yo echado el ojo para que fregara! (Entran por el foro don Perfecto y Josefina)

PER. Ya estais de vuelta, ¿eh? Pues yo también, con todo arreglado. ¿Y tú?

TER. ¡Con todo desarreglado! Niñas, dejadnos solos, que tenemos que hablar de cosas imporportantísimas.

PER. Sí, sí... Muy importantes. ¡Marchaos!... ¡Ha-

ced el favor! (Se va Conchita por la primera izquierda, puerta que cerrará cuidadosamente don Perfecto.)

JOS. (A su madre) ¿Cómo preparo los calamares?... ¿A la marinera o en su tinta?

TER. Al cuarteo, si quieres, pero vete.

JOS. Bueno, bueno... (Aparte.) ¡El Señor les ilumine! (Se va por el foro cerrando la puerta.)

ESCENA X

DOÑA TERESA y DON PERFECTO

PER. Ya se han marchado. Cuenta.

TER. Cuenta tú.

PER. Tú primero, que me tienes en vilo. De Augusto ¿qué?

TER. Oye lo que ha hecho y lo que ha dicho.

PER. Venga, venga.

TER. Salimos de aquí...

PER. Sí.

TER. Y nos fuimos derechitas al escritorio.

PER. Adelante.

TER. Llevaba yo dos cajas de habanos, una para él y otra para Felipín, con objeto de...

PER. Comprendido. Sigue.

TER. Un ordenanza abrió la puerta, y yo le rogué, con muy buenos modos, que pasara recado al tenedor de libros.

PER. ¿Qué recado fué?

TER. Que estaban allí su futura suegra y su prometida y que tuviese la bondad de salir un momento.

PER. Y salió. ¿Y qué?

TER. Que no salió.

PER. ¡Cómo!...

TER. El ordenanza fué el que volvió al minuto y me dijo textualmente: «De parte de don Augusto, que no está, pero que luego irá por casa».

PER. ¿Eso dijo?

TER. Como lo oyes.

PER. (Desesperanzado) ¡Oh!...

TER. Pues verás ahora lo de Felipín.

PER. ¡Qué! ¿también te salió mal el tiro?

TER. Muy mal. Eran las nueve y media, y andan-

do calle Ancha arriba, dimos vista a la Universidad. Allí, en la puerta, estaba el pollo, y yo, desde la otra acera, le hice así con la mano cariñosamente. (Signo de saludo.) Y el muy sinvergüenza...

PER. ¿Qué hizo?

TER. Otra cosa, pero no te la digo para evitarte una cuestión personal.

PER. ¡Oh, grandísimo golfo! Donde le vea le aplasto las narices de un puñetazo!... ¡Jesús, Jesús!... ¡Ha entrado en casa la negra!

TER. ¡El negro es el que ha entrado!

PER. Pero va a salir muy pronto.

TER. ¿Que va a salir?

PER. Para el sanatorio del doctor Urquiza. Antes de una hora vendrán por él un coche y dos enfermeros.

TER. ¡Perfecto!

PER. Vengo de hablar con el médico. Me acompañó don Angel, que fué luego a su casa a darse un baño, y el doctor me ha dicho que cree muy posible la curación del enfermo.

TER. ¡Virgen santísima!...

PER. ¡Ya ves!... Lo que no ha conseguido en Cuba lo va a lograr en España el jorobado y cojitranco ese.

TER. Y responderá maravillosamente a un gran proyecto que tengo.

PER. ¿Un proyecto?... ¿Cual?

TER. El de casarlo con una de nuestras hijas.

PER. (Como aturdido.) ¡Mujer!... ¿Qué estás diciendo?

TER. Una cosa muy razonable... ¿No dicen que es tan rico?

PER. ¿Que si es?... ¡Don Angel se ha enterado de que su fortuna asciende a ochocientos mil duros!

TER. (Se levanta como electrizada y corre hacia la primera derecha.) ¡Virgen y Madre!...

PER. ¿A dónde vas?

TER. ¡A preguntarle si quiere una tacita de caldo!...

PER. Siéntate y no seas impulsiva.

TER. (Volviendo a su asiento y con asombro extraordinario.) ¡Jesús!... Pero, dime... Ochocientos mil duros, ¿cuantos duros son?

PER. ¡Pues eso! .. ¡Cuatro millones de pesetas!

TER. (Como desvaneciéndose.) ¡Ay!...

PER. (Solemnemente.) ¡Ha llegado el momento, Teresa, de tomar resoluciones!

TER. ¡Sí! .. ¡Ha llegado, ha llegado!...

PER. ¡Las tres van a casarse! Josefina, con don Angel, y ya una colocada.

TER. ¡Una!

PER. Conchita, con Augusto. Y van dos.

TER. ¿Con Augusto?... ¿Pero no te has enterado de?..

PER. ¡Bah, bah, bah!... Ya arreglaremos eso cuando él venga. Y que preparen cena esta noche para Augusto y don Angel.

TER. ¿Y con el negro qué haremos?

PER. Pues de nuestro querido sobrino—y haz el favor de no decirle el «negro», que eso es despectivo—, haremos, cuando esté curado, el yerno ideal, casándole con Asunción. ¡Y ya están las tres empaquetadas! ¿Qué te parece?

TER. Muy bien, muy bien. Y ahora, energía, Perfecto.

ESCENA XI

DICHOS y JOSEFINA, por el foro.

JOS. (Desde la puerta y casi al paño.) ¿Se puede pasar?

PER. Entra, sí, que ya ha terminado la conferencia. (A su esposa.) A Conchita, ¿cómo la sentó lo que Augusto dijo?

TER. Como un tiro, y no quiere verle ni en postales.

PER. Pues que cierre los ojos. Vé a convencerla. (Se va doña Teresa por la primera izquierda.) Tú, Josefina, preparate tambien.

JOS. ¿A qué?

PER. Ya lo sabrás. Por lo pronto, vas a entrar ahí, (Señala la primera derecha.) a decirle al criado de tu primo que haga los preparativos para marcharse.

JOS. ¿Quién?... ¿El criado?

PER. Y el amo. Antes de una hora ingresará en una casa de salud.

JOS. (Muy sorprendida.) ¡Papá!

PER. ¡No admito objeciones ni comentarios!

JOS. ¿Y serás capaz de...?

PER. ¡De todo!... La felicidad de vosotras me obliga a ello.

JOS. Pero...

PER. ¡Nada, nada!... ¡Que se lo lleven y que le curen!

JOS. (Desconsolada y suplicante.) ¡Por Dios!... Repara que...

PER. ¡Que me dejes de historias! Vé a eso, y de aquí en adelante, se hará aquí lo que yo mande y os guardaréis muy bien de discutir mis determinaciones. ¡Anda!

JOS. (Aparte con firmeza.) ¡No debe ser y no será! (Mutis por primera derecha.)

PER. ¡Vaya, vaya!... Si no se pone uno enérgico ahora con tres bodas a la vista, ¿para cuando lo va a dejar? (Suenan tres golpes cortos de timbre. Es la llamada característica de Augusto.) ¿Eh?... Augusto llama así. ¿Será él?

ESCENA XII

DON PERFECTO, DOÑA TERESA y CONCHITA por la primera izquierda.

TER. ¡Ahí está ese cabezota!

PER. Lo he supuesto. Hay que echar el resto, Teresa, porque se trata de un testarudo formidable. Tú, hija mía, haz el favor también de ceder en todo, que te va en ello los garbanzos.

CON. ¡Más trabajo me cuesta esto que tomarme un sello de quinina!

PER. ¡Pues bebe agua!

CON. Dentro te aguardo, mamá.

TER. Sí. Ya iré a buscarte. (Hace mutis Concha por dicha puerta.) ¿Abres tú o abro yo?

PER. Yo abriré. Y ojo con el mozo, y mucho cuidadito con llevarle la contraria. (Se va por el foro.)

TER. ¡Cualquiera se arriesga! (Suspirando.) ¡Ay, Dios, qué papeles tenemos que hacer las madres algunas veces!

ESCENA XIII

DOÑA TERESA, DON PERFECTO y AUGUSTO, por el foro

PER. ¡Pasa, hombre, que aquí a la gente no se la come nadie!

TER. (Muy afable, dándole la mano.) ¡Hola, caballerito!

AUG. (Que revela la misma naturalidad que señaló en el acto primero) Muy buenas.

TER. Siéntate. (Se sienta Augusto.) ¡Vaya con nuestro futuro yerno y qué bromas gasta! (A don Perfecto.) ¿No sabes? Hace un rato le fuimos a ver al escritorio para llevarle unos cigarros puros y el hombre no nos recibió. ¡Pero tuvo gracia lo que nos mandó a decir! (Ríe.) ¡Ja, ja, ja! (Se sienta al lado de Augusto.)

AUG. No podía ser en ese momento. Estaba pasando al mayor unas cantidades, y... ¡cualquiera se distrae!

TER. Si lo comprendimos, hombre. No tienes que excusarte.

AUG. Pero le dije que venía y aquí estoy.

TER. Ya te veo. Eres hombre de palabra.

AUG. ¡Siempre!

PER. (Adulador.) ¡Siempre!... ¡Pues de buena tierra es! (Se sienta.)

AUG. De la mejor. (A ella.) ¿Y de qué cigarricos hablaba usted?

TER. ¡Ah, tómalos! (Se levanta y trae el paquete de las dos cajas.) Son de la Habana. Regalo de tu futuro primo político.

AUG. ¡Muchas gracias! ¿Llegó bien?

TER. Sí... Es decir; regular. Ya le verás.

PER. Y ya te contaremos. (Augusto ha desenvuelto el paquete.) Pero mujer, ¿sólo dos cajas le vas a dar?... (Yendo al mueble y cogiendo tres cajas más.) ¡Toma, hombre, y fúmatelas con salud!

AUG. (Las recoge y amontona las cinco cajas al alcance de su mano, en la mesa.) Y ya me van a durar, ya, porque yo sólo enciendo un cigarrico después de comer.

PER. ¡Poco es!...

AUG. Pues ni uno más, así me aspen. Irritan mucho.

PER. De esos tabacos, que son muy buenos, ya puedes fumarte dos o tres al día.

AUG. ¡Que le digo a usted que no! Uno y gracias.

PER. ¡Bueno, bueno!... ¡Como si te quieres fumar medio! (*Aparte.*) Lo que es conmigo no discutes tú!

TER. (*Extremando su afabilidad.*) Y. dime, Augusto... ¿De qué color se va a comprar por fin la colcha?

AUG. ¿Que de qué color? ¡Pues azul marino!

TER. ¡Claro que sí!... Eso es muy elegante. Ayer tarde, vimos unas, Conchita y yo, preciosas. Tienen un tono tan bonito...

AUG. ¿Azul?

TER. Sí, sí; como tú la quieres. Pero, si no te molesta, ¿eh?... ¿quieres decirme por qué has elegido ese color tan serio?

AUG. ¡Peh!... Quizá por eso, por lo serio. A mí me da igual que la colcha sea azul marino, gris perla o verde alcachofa. Lo que quiero es que haya seriedad.

TER. Aquí la tenemos, como lo podrás comprobar esta noche durante la cena.

PER. Un acto íntimo, pero trascedental. ¡Y con unos salmoneses al «gratén», despampanantes!

AUG. ¡Quien los catara!

TER. ¡Cómo!... Pues tú que te quedarás a cenar.

AUG. No puede ser.

TER. ¿Eh?

PER. ¿Que no puede ser dices?

AUG. Eso he dicho. Hoy celebra sus días el cajero y nos ha invitado a cenar a todos los del escritorio.

TER. ¡Cuánto lo siento!

AUG. Y yo.

PER. Bueno. Pues mañana comerás con nosotros.

AUG. Tampoco puede ser, porque el jefe cumple años y comemos allí.

TER. Pues ven a cenar por la noche.

AUG. Por la noche tenemos banquete los del Círculo.

PER. ¿Y pasado mañana?

AUG. Estoy convidado en casa de mi tía.

TER. (*Levantándose.*) Bien, bien; tú avisarás cuándo!

AUG. Sí... Ya avisaré.

TER. Pues voy... Esperad un momento. (Se va por la primera izquierda.)

AUG. Por Conchita va.

PER. Sí, hombre, para que os reconciliéis. ¡Parece mentira que a los tres años de relaciones, sobrevengan estas tonterías! Eso no está bien, Augusto.

AUG. ¡Claro que no!

PER. Aquí te queremos mucho y debes pensar las cosas con calma para evitar digustos.

AUG. ¡Muy bien me parece eso!... Se pensarán, se pensarán.

ESCENA XIV

DICHOS y CONCHITA, que, precedida por su madre, sale a escena en actitud humilde y con la vista baja.

PER. ¡Ahí la tienes! (Se levantan. Augusto no se inmuta ni pierde su naturalidad afable.)

TER. Actúo de mediadora, y os pido que firméis ahora mismo, el tratado de paz.

PER. ¡Con un abrazo! (A Augusto.) Anda, dáselo.

AUG. (Con cierto reparo.) Pero... ¿delante de ustedes?

TER. ¡Sí, hombre!

PER. A cuenta de mayor suma, como decís vosotros en contabilidad.

AUG. (Se acerca sonriente a Conchita, mientras don Perfecto y doña Teresa se vuelven discretamente de espaldas.) ¡Quien manda, manda, y cartuchera en el cañón! (Le da un abrazo formidable. Los papás de Conchita se sonríen, se hacen luego mutuas señas y cautelosamente se van por la segunda derecha, quedando al paño.)

CON. (Entre complacida y lastimada.) ¡Jesús!

AUG. ¡Como te quiero te aprieto!...

CON. Sí... Ya se ve.

AUG. ¡A puñaos!.. Mira si te quiero, que en la cabeza tengo la ideíca de hacer contigo lo que hacen los sastres con los gabanes usados. Es decir, volverte del revés. ¡Y allá veremos si lo consigo! (Pausa embarazosa.) ¡Qué!... ¿No me dices ná?

CON. ¿Qué quieres que te diga?

AUG. Pues lo de la colcha. ¿De qué color va a ser?

CON. (A duras penas.) Azul marino.

AUG. Eso. Pues atiende ahora, que voy a hacerte unas preguntas. Fíjate bien, ¿eh? ¿Cuánto tiempo necesitas tú para saber si te convengo yo o no como marido?

CON. ¿Cuánto tiempo?... Ninguno. Ya lo tengo pensado.

AUG. ¿Te convengo?

CON. Sí.

AUG. ¿Y me quieres, testarudo y terco como soy?

CON. Sí, Augusto, sí.

AUG. Bueno. Por ahí ya está eso arreglao. Ahora hazme tú las mismas preguntas.

CON. ¿Las mismas?

AUG. ¡Idénticas!... Ve preguntando.

CON. (Que sigue humilde.) ¡Augusto, no te entiendo!

AUG. ¡Pregunta, maña, pregunta!...

CON. (Temerosa.) ¿Me quieres?

AUG. Sí, te quiero.

CON. ¿Testaruda y terca como... como yo era antes?

AUG. No. Así, no. Humildica y mansa. Sigue preguntando. Lo del tiempo para pensar.

CON. (Que se va desconcertando.) ¿Cuánto tiempo necesitas para pensar?... (Se detiene.)

AUG. ¡Sigue, sigue, que vas bien!

CON. ¿Para pensar si te convengo yo o no?

AUG. Pues, te diré. Según tu padre, estas cosas hay que tomarlas con calma. Dice bien. De modo que, déjame pensar siquiera el tiempo que tarde en fumarme este regalico. (Recoge las cinco cajas.)

CON. ¡Augusto!... ¿No te burlas?

AUG. No. Todo lo que hago es para bien tuyo y para bien mío. ¿No hemos quedado en que te he de volver del revés? Pues nada más. Ya pasará lo que Dios quiera y convenga. Y este plazo que me tomo para saber con quién me juego mi felicidad, va a ser muy amargo y lo pasaré triste, muy triste, sin verte la cara, sin mirarme en tus ojos... (Se emociona y trata de rehacerse.) ¡A la fuerza dan garrote!... Adiós, Concha. (Le tiende la mano.)

CON. (Se la estrecha.) ¡Adiós, Augusto!

AUG. (Medio mutis, cerca ya del foro vuelve el rostro y re-

pite muy conmovido.) ¡Adiós! (Se enjuga una lágrima. Desaparece.)

CON. (Le ha seguido con la vista. Al cabo de un instante suspira hondamente.) ¡Ay, mi madre! (Se deja caer en una butaca y se cubre el rostro con los manos. Pausa.)

TER. (Asomando.) Ya se ha ido.

PER. (También asoma un poco.) ¿Sí? (Salen los dos.)

TER. ¡Mírala a la pobre, qué impresionada está!

PER. La natural alegría.

TER. ¡Figúrate!... En un tris ha estado que se quede sin marido. (Se acerca a Conchita.) ¡Hija, hija!

CON. (Como la que despierta de un sueño.) ¡Qué! (Se levanta.)

TER. ¿En qué habeis quedado? ¿Qué te ha dicho?

CON. ¿Quién?

TER. Augusto.

CON. ¿Augusto?

TER. (Extrañada.) Sí... Pero, ¿qué te pasa, qué tienes?

CON. ¡Nada!

PER. ¿Qué habeis convenido? ¿Se vino a razones, sí o no?

CON. (Con amargura.) ¡Sí!... ¡Jamás ha estado tan razonable! Va a pensar si le convengo para esposa y se ha tomado un plazo.

TER. (Alarmada.) ¡Un plazo!

PER. ¿Muy largo?

CON. El que él quiera. Ha dicho que lo pensará mientras se fuma unos cigarros que se ha llevado.

TER. ¡Jesús! (Se asustan ella y don Perfecto.)

CON. ¡Que lo piense! ¡Yo también pensaré si le quiero o no, aunque!... ¡ay!... ¡creo que sí! (Mutis por la primera izquierda.)

TER. ¡Horrible, Perfecto!

PER. ¡Espantoso, Teresa! Porque, ya le oiste; sólo se fuma un cigarro al día.

TER. ¡Y le diste tres cajas más!... (Suena el timbre.) ¡Voy, voy!... (Yéndose para abrir.) ¡Todo nos sale mal, Dios mío!... ¡Todo! (Desaparece por el foro.)

PER. ¡Este sobrinito nos ha traído la «jettatura!.!.» ¡Si debí verlo, señor!... ¡Si es mucha «pata» la mala pata de un cojo!

ESCENA XV

DON PERFECTO, DOÑA TERESA y DON ANGEL, que entra por el foro, muy peripuesto y elegantón. Luego LUCIANO

ANGEL ¡Sí, sí, señora! ¡Un bañito tibio y ya estoy como nuevo! (A don Perfecto.) ¿Le ha dado algún otro ataque al sobrinito?

PER. No, ni lo quiera Dios. Hasta la una no hay cuidado.

ANGEL Por sí o por no, yo me he traído esto. (Muestra un revólver; se asustan los otros.)

TER. ¡Ave María!...

PER. ¡Guárdelo usted!

ANGEL No se asusten, que está descargado. (Lo guarda.) He oído decir que a los anormales les impresiona mucho las armas de fuego, y por si acaso le da el ataque antes de la una... (Sale Luciano por la primera derecha.)

LUC. (A don Perfecto.) Me alegro, señor, de hallarle. Iba en su busca. La señorita me ha dado una noticia, y entiendo, señor, que a niño Segundo quizá no convendrá sacarle de aquí.

PER ¿Cómo que no?

LUC. Esta noche. Mañana, veríamos.

TER. ¿Por qué no conviene?

LUC. Porque se le acentúan los síntomas de la furia.

PER. ¡No importa!...

LUC. ¡Señor!... Mire lo que hace.

PER. ¡Ya está todo mirado y visto!

LUC. Como el señor mande, pero...

TER. ¿Le asustan a niño Segundo las armas de fuego?

LUC. ¡Oh, mucho!... Les tiene un miedo cerval.

TER. ¿Cerval?... (A don Angel.) Usted se queda aquí con él hasta que se lo lleven!

ANGEL (Alarmado.) ¿Yo?.. ¡Señora!

LUC. Me parece muy bien. El caballero don Angel le es muy simpático al enfermito, y podrá dominarle con...

TER. ¡Con un revólver hermosísimo que ha traído!

ANGEL ¡Pero está descargado!

LUC. Para asustar, bueno es. (Aparte a don Angel.) ¡Quédese, que habrá coco!

PER. Pues, nosotros, si algo ocurre, arriba estamos. No debemos presenciar el traslado del pobre Segundito, ¿verdad, Teresa?

TER. No. Sería muy doloroso. Todos nos iremos a casa de doña Bárbara, y aquí quedará Josefina.

LUC. Bien... Sí... La señorita Josefina, el caballero don Angel y yo bastamos para todo.

PER. Perfectamente. Vé a decírselo. Ahí está. (Le indica la primera derecha, por la que se va doña Teresa.)

LUC. (Aparte con don Angel.) ¿Ha visto cómo hay coquito?

ANGEL ¡Eres ideal!... Te debo un peso.

PER. ¿Y con los tres cree usted que?...

LUC. Sí, señor, pero convendrá que hagan todo cuanto yo indique.

PER. ¡Desde luego!.. Con tal que se lo lleven pronto...

LUC. ¡Es lamentable!... Pero, en fin, el señor ordena y... (A don Angel.) Caballero don Angel... ¿tiene la bondad de entrar para irle aconsejando que se vista?

ANGEL (Vacila.) ¿No hay peligro?

LUC. Ninguno. Está en el lecho. Sea dulce con él, ¿sabe?

ANGEL Como el turrón. Pero si se exalta...

LUC. Apúntele con el revólver y quedará dominado.

ANGEL Siendo así... (Mutis por la primera derecha.)

PER. Vigile usted y procure por todos los medios evitar un escándalo en la casa.

LUC. Se evitará, señor.

ESCENA XVI

DON PERFECTO y LUCIANO. DOÑA TERESA y JOSEFINA, por la derecha primer término. Luego CONCHITA y ASUNCION

TER. Josefina, desde luego, se queda aquí. Pero nosotras, ¡ay!... no tenemos valor para resistir la despedida.

PER. ¡Claro que no!... ¡Como que es un trago!

TER. (Llamando junto a la primera izquierda.) ¡Conchita!... ¡Asunción!

JOS. (Aparte a Luciano y con ansiedad.) ¿Qué hay?

LUC. (Aparte a ella.) Malas impresiones, pero no pierda la esperanza.

TER. (A sus otras dos hijas que han salido por dicha puerta.) Una triste noticia, hijas mías. Vuestro primo Segundito se va de casa.

PER. Es para su bien. Ya vereis cómo antes de quince días estará completamente bueno. (Suena el timbre.) ¿Serán esos?

TER. ¿Quiénes?

PER. Los enfermeros del sanatorio.

ASUN. Voy a ver. (Sale por el foro para abrir. Don Perfecto se aproxima a la puerta.)

PER. ¡Sí, son ellos!... (En tono sentimental.) ¡Ha llegado la hora!...

TER. ¡Ay, Dios mío! (Finge dolor y sentimiento.)

ASUN. (Entrando.) Papá... Ahí están...

PER. Sí, sí. Les he visto. Ahora pasarán. Vosotras idos arriba con doña Bárbara. (Fingiendo pena.) ¡Es preciso!... ¡No conviene darle disgustos en este triste momento!... ¡Andad, andad!

TER. ¿Y tú?

PER. Ya os sigo, cuando les dé a los enfermeros ligeras instrucciones. (Se van yendo por el foro Conchita, Asunción y doña Teresa. Las dos últimas gimoteando.)

TER. ¡Ay, pobre sobrino!

ASUN. ¡Pobre primito!... ¡Ay, ay!...

PER. Luciano, adiós!... En usted confío.

LUC. Hace bien el señor.

PER. Y me retiro porque... yo... (Finge emoción.) No sirvo para esto... ¡Pobrecito, pobrecito!... ¡Adiós! (Se va por el foro.)

LUC. (A Josefina, que está realmente afectada.) No se entristezca la señorita y déjeme. A esos hombres que vienen, yo les convenceré con razones, con dinero... ¡como sea!

JOS. ¡Sí, por Dios!... Evite esta enormidad, porque si se van ustedes...

LUC. ¿Qué?

JOS. Eternamente sentiré un dolor profundo y un remordimiento sin límites.

LUC. Perdone, perdone. La señorita ha dicho ustedes.» ¿Por qué me incluye? ¿Le intereso yo?

Jos. (Como avergonzada.) ¡Luciano!...

Luc. ¿Mi marcha le producirá también dolor profundo a la señorita?

Jos. (Después de vacilar un poco.) ¡Esa es una pregunta a traición!

Luc. (Con gozo íntimo.) ¡Y esa es una respuesta venturosa!

Jos. (Suplicante.) ¡Luciano!.!. ¡Quédense aquí!

Luc. (Con firmeza.) ¡Nos quedaremos! ¿Cómo no, si en prisión está ya la voluntad entre estas cuatro paredes?... Señorita Josefina... Espere en su habitación hasta que yo le avise.

Jos. Pero...

Luc. No se impaciente. Confíe en mí. (Se va Josefina por primera izquierda, cuya puerta cerrará Luciano cuidadosamente. Dice luego muy emocionado.) ¡Era verdad, sí!... ¡Existía el cielo! (Va al foro.)

ESCENA XVII

LUCIANO, BERMUDEZ y ORTIZ

Estos vienen uniformados, y son dos hombres de aspecto imponente. Bermúdez trae un envoltorio, consistente en una camisa de fuerza. Ortiz, en un bolsillo, guarda una mordaza

Luc. Pasen. (Entran los otros.) ¿El coche de la casa está abajo?

Ber. Sí, señor. Nos dijeron en la Dirección que se trata de un demente furioso, y el carruaje que traemos es el bueno, acolchonao y con muelles.

Ortiz Irá muy bien y sin lesionarse.

Ber. ¿Es manía la que padece o locura completa?

Luc. Confusión de ideas, algo de epilepsia...

Ber. ¡Malo!

Luc. Y ensueños de grandeza también.

Ortiz Megalomanía se llama eso.

Ber. Sí, sí. Como el del siete.

Ortiz Igual. A aquel, para que conteste, tenemos que decirle «su alteza.»

Luc. ¿Y curan bien en la casa?

Ortiz ¡Hombre!... Si no es grave la cosa...

Ber. Los médicos ponen régimen, pero como uno

es el que maneja a los enfermos, de sobra sabe uno lo que hay que hacer con ellos.

ORTIZ Créame. ¡El loco, por la pena es cuerdo!

BER. ¡Natural, hombre!

LUC. A este enfermo, cuando se enfurece, siempre le hemos dominado a fuerza de golpes.

BER. ¡Como que no hay otra medicina!

LUC. Allá en la Habana, porque él es de Cuba, cuando le atacaba el mal, nuestro santo y seña era decir: «¡Dénle coco, dénle coco!»

BER. (Con extrañeza.) ¿Coco?

ORTIZ (Idem.) ¿Y qué era eso?

LUC. Palos fuertes para que reaccionara.

BER. ¡Ah, ya!... (Ríe.) ¡Está bien eso del coco!...

LUC. Pues yo más me fío de ustedes que de los médicos, y me van a permitir que... (Saca una cartera y de ella un billete.) Tomen la ñapa y repártansela. (Ellos quedan asombrados al recoger Bermúdez el dinero.) Y hagan con el paciente lo que crean que convenga.

BER. (Con gran respeto.) ¡Caballero!

ORTIZ (Lo mismo.) ¡Lo que nos mande, señor!

LUC. ¿Vienen bien preparados?

BER. Aquí traigo yo una camisa de fuerza.

LUC. Póngasela al enfermo inmediatamente que yo le saque aquí y haga una seña.

ORTIZ Y yo he traído una mordaza.

LUC. ¡Maravillosa precaución!... Aplíquela también en seguida. Y si al llegar al Sanatorio ven que molesta, ya saben; dénle coco. (Se va por la primera derecha.)

BER. (Que como Ortiz, está estupefacto.) Oye, tú .. ¡Cien pesetas!... ¿Será esto verdad o estaremos nosotros también locos?...

ORTIZ ¡Verdad es!... Pero... ¿será bueno el billete? ¡Cristo, qué tío dando *propis!*... ¡Veinte duros!...

BER. ¡Como que lo estoy viendo y no lo creo!... (De pronto.) ¿A ver? ¡Calla!... (Presta atención.) ¡Prepárate, que creo que vienen! (Se guarda el billete.) Y lo que él diga... a hacerlo de cabeza. (Se replegan hacia el foro izquierda.)

ESCENA XVIII

BERMUDEZ y ORTIZ. LUCIANO y DON ANGEL por la primera derecha

LUC. ¿Sin necesidad de amenaza?

ANGEL Nada. Obedeció sonriente y se vistió en seguida.

BER. (Con su compañero, aparte.) Ese es el chiflado.

ORTIZ Sí. Y se le nota la dolicocefalia, ¿verdad?

ANGEL Bueno... ¿Y el coco, cuándo?

LUC. Ahorita va a ser. (Hace una seña a los otros, que se precipitan sobre don Angel.)

ANGEL (Con una sorpresa que irá creciendo, según la situación lo reclame.) ¿Eh?

BER. (Con voz terrible, para dominarle.) ¡Quieto!... Meta aquí un brazo. (Le obligan a ajustarse la camisa de fuerza y en un momento se le cruzan y le aseguran.)

ORTIZ ¡El otro!

ANGEL Pero... ¿qué es esto?

BER. ¡Silencio!

ANGEL ¡Lucianito!... ¿Qué hacen conmigo?

BER. (Amenazándole.) ¡Que se calle o le sacudo!

ANGEL ¡Ay, ay!... ¡Suéltenme o grito!

LUC. ¡La mordaza! (Ortiz se la aplica. A partir de aquí, don Angel, en el estado de desesperación que es de suponer, se debate furiosamente y lanza sonidos inarticulados. Los otros le zarandean y le reducen.) Asegúrenle bien, y tengan en cuenta que ahora le comienza el ataque de furia.

BER. Allí le arreglaremos. ¡Yo entiendo a esta gente!

ORTIZ ¿Le parece bien que le encerremos?

LUC. Sí. Hasta mañana. Llévenle al coche.

BER. ¡Arreando! (Le empujan hacia el foro.)

LUC. ¡Y denle coco!... ¡Mucho coco!

ORTIZ ¡Un cargamento entero!... ¡Vamos!... ¡Ahuequen! (Se van los tres. Ruido dentro de golpes y bofetadas. El ruido se aleja y cesa.)

LUC. (Riendo.) ¡Bien!... ¡Era el caimán!... ¡Era el enemigo!... ¡Linda broma!... ¡Jugarreta cubana! (Se acerca a la primera derecha y llama.) ¡Segundo!... ¡Aquí! ¡Ven!

ESCENA XIX

LUCIANO y SEGUNDO. Este aparece ágil y sonriente. Ya no es cojo ni contrahecho

SEG. ¿Qué manda su merced, niño Luciano?

LUC. Que se acabó la faramalla y el engaño, y cada uno vuelve a ser lo que era al embarcar en la Habana. Tú, el criado, y yo, el amo.

SEG. Bien, niño. ¿Y ahora?

LUC. Atisba desde el balcón, sin que te vean, y acude cuando arranque la volanta. (Se va Segundo. Se dirige Luciano a la primera izquierda, abre la puerta y llama.) ¡Josefina!... ¡Salga!

ESCENA XX

LUCIANO y JOSEFINA; después SEGUNDO

JOS. ¿Qué ha ocurrido?

LUC. ¡Lo mejor que podía ocurrir!

JOS. ¿Se han ido esos hombres?...

LUC. ¡Sí!... Se van los malos y aquí se quedan los buenos. (Josefina se alegra visiblemente.) ¿Le complace la noticia?

JOS. ¡Me alegra el alma, sí!...

LUC. ¡El alma!... ¡Ah!... (Con ternura.) ¡Josefina, ideal mujer que el viajante español alabó en Cuba despertando en otra alma un anhelo amoroso y la adoración del creyente ciego!... ¿Perdonarás un engaño grande que fué necesario para contrastar el oro puro y finísimo de tu corazón?

JOS. (Aturdida) ¡No entiendo!...

LUC. ¡Soy tu primo!

JOS. ¿Eh?

LUC. Segundo es un pobre criado mío, y un farsante que nada tiene que envidiar a muchos de España.

JOS. ¡Dios mío!... ¿Es un sueño?

LUC. ¡No!... Es realidad, realidad bella. ¡Josefina, te amo!

Jos. ¡Luciano!...

Seg. (Aparece y se mantiene a distancia.) Se va la volanta, niño Luciano.

Luc. ¡El diablo se la lleve con su carga! Ven, Segundo. Pide perdón a tu ama, a niña Josefina, por tu ficción indigna.

(Acude Segundo y va a humillarse.)

Jos. (Impidiéndolo.) ¡No, no!... ¡Pobrecito!

Luc. Desde hoy es tu reina. (Segundo le besa la mano. Se oye repiquetear el timbre.) ¡Ellos son!,.. (Estrecha a Josefina que, turbada y como víctima de un desvanecimiento, apoya su cabeza en el hombro de Luciano.)

Jos. ¡Cuánta felicidad inmerecida!

Luc. Franquea la entrada y dí a todos que pasen. (Se va Segundo.) Reposa aquí, y apoya sobre mi pecho honrado tu cabeza santa, Josefina mía.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DON PERFECTO, DOÑA TERESA, CONCHITA y ASUNCION. Se oyen dentro gritos y voces de sorpresa y de asombro

Seg. (Que precede a los otros.) ¡Pasen! ¡Pasen todos! (Se coloca a la derecha. Entra don Perfecto que avanza sólo dos o tres pasos, quedando estupefacto. Todas las demás figuras forman un grupo en el foro revelando una sorpresa indescriptible.)

Per. Pero... ¿qué es esto?... ¿Qué hace ese tío? (Por Luciano.)

Luc. (Que en primer término izquierda sostiene a Josefina y desafía a todos con la mirada y la actitud.) ¡El tío lo es usted!

Per. ¿Eh?

(Murmullos en las otras.)

Luc. (Dominando a todos con su acento.) ¡Que el tío lo es usted, porque aquí no hay más sobrino que yo!... Y esto que ve, no le espante, porque es el amor... ¡cosa divina!... ¡Adelante todos, que ahorita, ahorita hablaremos!... (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Miguel Rey

El jarabe de pico.—Comedia en dos actos.

La novela de bolsillo.—Folletín en cuatro cuadros.

El primo Segundo.—Comedia en dos actos.

Precio: 1,50 pesetas